

A MIS AMIGOS

LOS VIEJOS

Al ver que desde el presente número se tira EL MOTÍN en rotativa, pienso, antes que en nada, en vosotros, los que no me abandonasteis en aquellos años en que luché solo contra todos: contra los monárquicos, contra los republicanos que no respondían a la confianza del pueblo, contra los carlistas, contra los embaucadores del obrero y contra el clericalismo, sin preocuparme del resultado, que fué el quedarse sin más lectores que vosotros.

Os tiendo á todos la mano.

LOS NUEVOS

He dicho varias veces que tengo por amigos á todos los lectores de EL MOTÍN, entre otras razones por ésta:

Al decirle á Cristo que su madre y sus hermanos estaban fuera de donde él hablaba á las gentes, respondió: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos.» (San Mateo, capítulo 12, versículos del 46 al 50.)

Y yo, parodiándolo, llamo amigo á todo el que lee EL MOTÍN, porque EL MOTÍN sólo pueden leerlo aquellos que estén completamente identificados con mi manera de pensar y de escribir.

¿Y quién merece mejor el nombre de amigo que el que siente y piensa como nosotros, aunque nunca lo hayamos visto? ¿Acaso puede haber lazo más apretado que el que une á los defensores de un ideal?

PEQUEÑO DESAHOGO

Así como el naufrago no mide la extensión del peligro que corre hasta después de verse en salvo, así yo no he podido ver hasta ahora, que EL MOTÍN ha vuelto á leerse, lo larga y dura de la campaña que sostuve durante tantos años contra las pequeñeces, las miserias y las deficiencias de los directores de la política republicana, y que contribuyó más que ninguna otra causa, más aún que el propio clericalismo, á que EL MOTÍN llegase tan á menos.

Toda mi política, desde la fundación del periódico, se cifró en esto: en que los republicanos formásemos un todo compacto y homogéneo. ¿Se oponían los jefes? ¡Abajo los jefes! ¿Las fracciones? ¡Abajo las fracciones! ¿Los programas? ¡Abajo los programas! Y de este modo, á los veintitrés años de luchar sin tregua, pude llegar á la realización de mi propósito en la Asamblea celebrada en el teatro Lirico el 25 de Marzo de 1903.

Después...

Están muy recientes los sucesos para juzgarlos con la serenidad debida. Si tuviese tiempo para escribir *Las memorias de un imbecil*, allí quedarían fotografiados muchos hombres y esculpidos muchos sucesos. Si no lo tuviere, publicaré en un tomo lo más saliente de lo que escribí para llegar á la unión, á fin que quede como muestra de lo que logra la voluntad cuando no la cohiben el interés, ni el temor, ni el cálculo. . . .

Había pensado decirles en este artículo una porción de cosas desagradables á los queridos (?) cuanto mamariachos correligionarios que más trabajaron para que EL MOTÍN dejara de leerse, mas no quiero profanar la alegría que hoy siento ocupándome de gentecilla despreciable.

Pero como á la vez deseo que los lectores nuevos se enteren de algo de lo que yo les dije á esos tales, allá va parte de un artículo que publiqué en 1905 contestando al que me dedicó al reaparecer en Valencia el batallador periódico *La Revancha*.

Me dijo entre otras cosas el querido colega:

«SATISFACCIÓN A NAKENS

Hace pocos meses, el nombre glorioso de Nakens apenas se podía pronunciar con elogio en los casinos del partido de Unión. El que hizo el partido, el que lo robusteció con su esfuerzo y el que lo conservó íntegro largo

tiempo con su silencio creyendo que llenaría la finalidad apetecida, al dar la voz de alerta por la pasividad del jefe, vióse abandonado y maltratado con las más crueles censuras.

En Valencia, los interesados en vivir en el equívoco, los fanáticos de la disciplina, los agradadores perpetuos del poder, se apresuraron á ne ar la sal y el fuego al ilustre maestro, llegando su puerilidad al extremo de darse algunos de baja como suscriptores de EL MOTÍN. Y es que no pocos, como al nacer no tienen la desgracia de ser esclavos, se convierten voluntariamente en suizos.

El nombre de Nakens no volvió á sonar en los periódicos militantes del republicanismo. No atreviéndose á combatirlo de frente acordaron condenarlo al vacío.

Pero los hechos han venido á hacerle justicia en corto tiempo.

«La Revancha, antes, luego y ahora, estima á Nakens y lo considera un valeroso campeón de nuestros ideales.

Por lo mismo aplaude sus aciertos y respeta sus equivocaciones, pues si con aquellos ganan nuestros ideales, con éstos no sufre daño la pureza de las intenciones.

Conste, pues, que estamos satisfechos de nuestra conducta y que nos felicitamos de que los demás rectifiquen la suya haciendo justicia á Nakens.»

Y yo le contesté:

«Agradezco mucho al colega sus frases laudatorias, y tengo el gusto de decirle, que no fué en Valencia sólo donde me vi mal comprendido y peor juzgado: fué en toda España. Y en muchas partes me veo aún.

Los intermediarios entre el jefe y el pueblo, algunos de los cuales permanecerían envueltos en su propia insignificancia sin el grandioso acto del 25 de Marzo, último de la serie en que entró como factor primero el entusiasmo, temblaron al leer mi *Carta abierta*, unos pensando en su diputación, otros en su concejalia, cuáles en su presidencia de Comité, y cayeron todos sobre mí con la rabia del que ve en peligro de perderse lo que por azar, no por merecimiento, alcanzó.

¿Qué cartas recibí! ¿Qué de cobardías y de miserias amparadas por el anonimato! ¡Cuán to imbécil permitiéndose el lujo de tener opinión! ¡Cuán miserable atribuyendo mi conducta á los móviles torpes que regularon siempre la suya! ¡Y cuánto idiota haciendo inconscientemente coro á tanto menzugo! Sin la costumbre de pagar en lástima ó desprecio las infamias, hubiera pasado yo entonces muy malos ratos.

Cada baja en la suscripción á EL MOTÍN venía acompañada de unas cuantas insolencias; siendo lo más triste, lo más horrible, que muchas ostentaban una ortografía deplorabile. ¡Era lo único que me sacaba de quicio! No les bastaba con ahorrarse cincuenta céntimos al mes; llevaban su saña algunos hasta martirizarme al proclamarse honrados sin *hache*, con *eme* y con dos *erres*. ¡Orror!

Ante aquella orgía de imbecilidades y malas pasiones, pensé alguna vez en la amarga sonrisa de Juan Huss al ver conducir leña para su hoguera á los mismos por quienes se sacrificaba, y en el desdén supremo con que Danton le dijo á Desmoulins, al oír que trataba de poner de su parte al populacho que rodeaba la carreta que los conducía al suplicio: «¡Deja á esa canalla!» Pero como no cabía comparación entre aquellas terribles y gloriosas situaciones y la mía, me contentaba con exclamar: «¡Pero cuánto neicio incumbió aquel Sol de esperanza tan hermoso que apareció en el horizonte republicano el 25 de Marzo de 1903! En esto nada tiene que envidiarle al de nuestro hemisferio, que da también vida á los insectos.»

No; no ha sido sólo en Valencia donde se me ha tratado injustamente y se han dado de baja en EL MOTÍN los que *La Revancha* califica tan gráficamente de *interesados en vivir del equívoco*; ha sido en toda la Península é islas adyacentes. Por esto considero como amigos queridos á cuantos me han quedado.

Melenudo ha habido (un señor Zulueta, diputado por chiripa), que ha hecho un mérito de no leer EL MOTÍN; era innecesaria la declaración, porque su conducta jesuítica y aprovechada ya lo decía bien claro. En unas partes, imitando á la fea que rompió el espejo, han roto públicamente los números; en otras han dedicado una velada á barbarizar contra mí. Y yo, al saberlo, recordaba aquello de echar margaritas á minadores de vista baja.

No faltó quien, no contento con ahorrarse los dos reales, me escribió: «no hemos de parar hasta matar EL MOTÍN. Ni un suscriptor le ha de quedar.»

¡Matar EL MOTÍN! Si por consigna se les hubiera dado esa frase á los insignificantes con pretensiones, no lo procurarían con más celo. Los mismos clericales no han ido tan allá. Dudo que se salgan con la suya, porque si un día no pudiera publicarlo en el tamaño de hoy, lo haría más chico; y si ni aún esto no fuera posible, daría una hoja; y con esa hoja, condensando bien los pensamientos y presando el estilo, bastaría para que no prevaleciesen los jefes incapaces, los lugartenientes aprovechados, las medias cucharas infatuadas y los fetichis-

tas despreciables. ¿No encierran la dinamita, la melinita y otras sustancias químicas gran fuerza en pequeño volumen? Pues eso ocurriría con EL MOTÍN.

Ya sé que, si desapareciera viviendo yo, habría más regocijo que en las sacristías, en los comités; que el ¡bel! ¡bel! de los carneros de Papurgo se escucharía entonces sin interrupción; que los farsantes respirarían satisfechos... Más como también sé que es indispensable oír en los partidos populares una voz desinteresada que advierta peligros, señale derroteros y arranque caretas, he de hacer hasta lo imposible para que no se apague esa voz.

Esto no quita para que en ciertos instantes piense en que acaso sea en mí una gran majadería preocuparme tanto de la vida de la república, cuando probablemente ¿qué digo probablemente?, seguramente tendría que emigrar, si por desdicha para España cayese en manos de esa piara de mayestáticos sin enjundia, voluntad ni carácter que están en juego; pero como no laboro para mí, aquel pensamiento se disipa pronto; y sueño con poder un día escupir al rostro de todos ellos estas palabras: «¡Ya estamos en república! ¡He contribuido más que todos vosotros á que venga!»

Hasta que eso día llegue (lo que hubiera ocurrido ya de tropezar con un hombre), y mientras yo tenga un cerebro que piense y una mano que escriba, no habrá otro remedio que soportar EL MOTÍN. Seguirán sin leerlo aquellos que más necesitan aprender amor á la república, desinterés y patriotismo, pero sentirán su influencia; la influencia que legítimamente debe ejercer el hombre que no abrigó nunca propósito mezquino, ni supeditó jamás su deber á su conveniencia.

¿Qué importan, pudiendo hablar con esta independencia y este orgullo, las injusticias y los abandonos? ¿Qué las excomuniones de los altos? ¿Qué los juicios de los bajos, bajos por partida triple, en inteligencia, miras y acciones?

El poder hablar así, querido colega *La Revancha*; el saber que, ocurra lo que ocurra, contaré siempre conmigo; el tener arraigada la creencia de que todavía puedo servir de algo al pueblo republicano, me ha impedido publicar hace tiempo un Manifiesto corto y expresivo, retirándome después á acabar mis días en un olvidado rincón: Manifiesto que habría dedicado exclusivamente á cuantos me han zaherido, y que, por el contenido, lo hubieran saboreado:

QUERIDOS CORRELIGIONARIOS:

¡A LA MIERDA!

Este habría sido el Manifiesto.

Pero habiendo mucho que hacer aún, mi retirada equivaldría á una deserción frente al enemigo, y no se me cumpliría además el deseo, tantas veces manifestado, de que se diga de mí cuando caiga para no levantarme:

Fué el de la muerte su primer desmayo.

Reitero aquí las gracias á *La Revancha* por haber tenido el hoy raro valor de hacerme justicia, dándome así pretexto para adelantar ese puñado de verdades á cuenta de las que iré diciendo.

Por lo copiado se formarán una idea los lectores nuevos de cómo tenía que defenderme, después de hacer la Unión Republicana, de los que sin ella nada hubieran sido; y todo por permitirme decir lo que en la mente de todos estaba, lo que los hechos confirmaron desgraciadamente, y lo que nos trajo á la desorganización en que estamos.

Pero, en fin, todo aquello pasó, y la opinión me ha vengado de todo aquello, obligándome á tirar EL MOTÍN en rotativa desde el presente número.

Procuraré responder lo mejor que pueda á ese favor de la opinión.

El espíritu democrático

Interrogado por don Modesto Pérez, reporter de *El Mundo*, acerca de si yo creía que el espíritu democrático ha crecido ó ha menguado en España en el año último, le contesté:

«No creo que haya hoy más espíritu democrático que ayer. Creo, sí, que se ha reanimado un poco durante el año que termina el que ya había, y que se hallaba hace tiempo aletargado por causas diversas.

Si en el año que mañana empieza logramos que sacuda del todo su letargo y se incorpore, se verá cuán grande es, cuánto vale y cuánto puede.

Y para lograrlo basta con que todos los hombres de buena voluntad piensen más en el porvenir de España que en la satisfacción de sus particulares egoísmos en el presente.»

Más claro; que cada cual, dentro del me-

dió ó el partido en que se desenvuelve, y sin otro móvil que el de levantar el espíritu público, se mueva, se agite, perore, plume, exponiendo ideas, proponiendo soluciones; en la seguridad de que la masa, el pueblo, responde siempre que se le llama desinteresadamente en nombre de la libertad.

Que en vez de procurar el desquiciamiento del partido que en más cantidad y con más pureza mantiene el ideal democrático, se le organice, para que aporte á la obra común más fuerza y pueda oponer más resistencia al ataque.

Que la democracia vale muy poco y sirve para menos, si no dispara incensantemente sobre el primer reducto que tiene que tomarle á la reacción para poder seguir avanzando; la Iglesia. Por haber olvidado esto, no hemos logrado rendir la plaza aún.

Que la acción colectiva, si no se forma con la suma de acciones individuales representadas por hombres convencidos, alcanzará muy poco. El que vocifera en un mitin ó contra el clericalismo (palabra pudorosa que sirve al mayor número para mantener el equívoco), al acabar de salir de un templo, ó de acompañar á su mujer hasta la puerta, ó de pasear su hija vestida de primera comunión, ó de dejar su hijo en un colegio de frailes, é carece de la primera autoridad, la del ejemplo, para convencer á los que le escuchen.

Y que, para servir á la democracia, honrarla, é imponerla, antes perjudica que favorece el empeño de confundir á los monárquicos liberales con los republicanos, poniéndole así al bloque el sello de una *inmoralidad política más*.

¿Quieren de verdad los liberales servir á la democracia? Pues predíquennla á los suyos, que nosotros somos de los convencidos. Y tengan la seguridad de que les ayudaremos sin necesidad de uniones que sólo sirven para deshonrar á los republicanos que las acepten, poniéndoles el sello de monárquicos vergonzantes.

Guerra al enemigo común, pero cada cual desde sus posiciones y con sus armas.

LA EMIGRACIÓN

Lo vengo diciendo hace algunos años: en España no se puede vivir y por consecuencia la gente se va. Los que viven de la cosa pública, es decir, sin trabajar y á costa del país, son los que afirman que nunca España ha estado mejor; puesto que ahora tenemos un presupuesto más elevado y aún nos sobran algunos millones todos los años. Contra esos millones que una administración llena de artificios viene barajando después del desastre para demostrar la *fuerza contributiva del país*, podría presentar otros muchos millones de fincas embargadas por la Hacienda, de quiebras tremendas y de negocios industriales fracasados principalmente por lo que aprieta el Fisco para mantener esa cifra de millones cada vez más elevada y por el estado de miseria en que vivimos que, naturalmente, no permite ganar dinero produciendo cosas que el país no puede comprar.

Pero esto sería tan embrollado y tan ridículo, como lo que hace la Administración pública con las cifras, para engañar á propios y extraños. Lo más elocuente, lo más fácil de comprender es la emigración. Qué puede tener más fuerza, ¿el decir que en España se vive bien, ó el demostrar que se van de España hasta pueblos enteros, porque no pueden vivir?

En el año que acaba de terminar han emigrado á la República Argentina más de cien mil españoles. Sólo en el mes de Octubre desembarcaron en Buenos Aires 18.751. ¡Sólo en un mes! No sabemos nada de los muchos españoles que se van al Brasil, á Cuba, á México y á otros sitios menos importantes de la América, porque en ninguna parte se lleva la estadística tan bien y tan al día como en la Argentina. Pero puedo afirmarse que la emigración española á los otros países sino tan grande en número, es igual en proporción.

Las cifras son tremendas, tanto, que el Gobierno, estimulado por una prensa inconsciente, ha empezado á «tomar medidas energéticas» creando una porción de oficinas y hasta boletines con una porción de empleos y prebendas para los amigos ó para esos señores indispensables que para todo sirven, lo mismo para las cuestiones obreras, sin haber visto un taller, que para arrojar lodo de la emigración sin haberse metido nunca en un barco, ni saber donde «cae» América. No se logrará nada como no sea

sacar unas cuantas pesetas más al contribuyente y unos cuantos duros más al emigrante, bien porque se embarque en puertos extranjeros donde a nadie le impiden que se vaya, ó bien porque los encargados de arreglar papeles suban la tarifa en proporción de lo que suben las dificultades.

Mejor que impedir la emigración—á lo que no hay derecho,—sería vigilarla y protegerla como hace Italia, y así los pobres emigrantes irían bien cuidados en el barco, no se encontrarían abandonados al llegar á su destino y tendrían noción de las ventajas y de los inconvenientes que respecto del clima y de los medios de trabajo, tiene para los que se van, cada país de América.

Lo siento por los pobres emigrantes, pero me alegro muchísimo de que la acción del Gobierno sea ahora, como siempre, ineficaz, para que se vayan convenciendo los que no lo están, de que el régimen no puede remediar ninguna de nuestras desventuras.

Por las mismas razones y por otras que voy á explicar, me alegro de que vaya aumentando la emigración. Muchos se entristecen y hasta lloran: yo gozo, porque la emigración nos proporciona un gran argumento contra los vividores que en la tribuna y en la prensa dicen que España está contenta y progresa mucho; y me alegro también de la emigración, porque es el único medio práctico de conservar en América nuestros grandes intereses morales y materiales, que ya no existirían si de ellos se cuidaran solamente los sucesores de los que explotaron y perdieron nuestras colonias.

Por mucho que digan y que escriban los que tienen empeño en mantener un régimen que les da de comer, es indudable que la emigración va en aumento y la causa principal no es otra que la miseria. Admito que muchos se vayan por espíritu aventurero, por afán de ver tierras y buscar fortuna, por contagio ó por la sugestión que ejercen en aldeas y ciudades los indios que se fueron pobres y vuelven ricos á acabar sus días en magníficos palacios que edifican sobre la humilde choza de sus mayores. Pero esos son unos cuantos; los más se van porque se mueren de hambre y de tristeza en este país donde á los músculos no se les da empleo y al espíritu sólo se le emplea en hacerle creer en la felicidad después de muerto.

Hay quien dice (qué tontería!) que el crecimiento de la emigración perjudica al buen nombre de España. Lo que sufrirá será el régimen, que no ha acertado ni acertará nunca á utilizar las condiciones de los españoles no inferiores á las de otros, ni para el trabajo ni para los negocios.

Si alguien lo duda puede convencerse de su error mirando la obra que esos mismos emigrantes realizan en América. Los que aquí no trabajan, allí superan á los alemanes, italianos, franceses y yanquis, hasta tal punto que nadie compite con los nuestros ni en laboriosidad ni en resistencia. Por lo que se refiere á las especulaciones ó negocios en que se necesita iniciativa, valor y hasta cultura, tampoco los nuestros son vencidos por nadie, puesto que, luchando casi siempre con mayores dificultades, han creado Bancos y fábricas, han hecho ferrocarriles y han fundado instituciones admirables, colosales. Luego si los que aquí no trabajan ni sirven para nada, allí son trabajadores y sirven para todo, no cabe duda que el secreto está no en ellos, sino en el medio en que viven.

No cabe en un artículo, por largo que sea, lo mucho que puede decirse de las ventajas morales y materiales que tiene para España la emigración. En el orden moral ya está dicho que logramos la ventaja enorme de que propios y extraños aborrezcan un régimen que no nos permite ni civilizarnos ni comer.

Sin la emigración, en aquellas tierras que descubrieron los españoles y perdieron los reyes, ya ni se hablaría el castellano. Los emigrantes son los que con su esfuerzo y con su laboriosidad han borrado los odios que allí sembró la tiranía y el robo de frailes y virreyes; los emigrantes son los que mantienen un comercio para nosotros más productivo que para los pueblos de América (en los nueve primeros meses del año anterior hemos enviado á la Argentina productos por valor de seis millones de duros oro y la Argentina nos ha enviado millón y medio). Los emigrantes son, en fin, los únicos que mantienen el parentesco y el negocio entre aquel continente y esta Península.

Tan convencido estoy de esto, que al más humilde labriego que se va en la cubierta de un barco, lo considero mejor embajador de España en América que al más atildado diplomático de los que desacertadamente mandan los gobiernos. De los primeros, conozco á muchos que habiendo llegado envueltos en harapos y sin saber leer ni escribir, ocupan brillantes posiciones conquistadas por el trabajo y enaltecen con su obra el nombre de España. De los segundos he visto á muchos que no han hecho otra cosa que poner en ridículo á España. Bien es verdad que los primeros son españoles á secas y los segundos se titulan representantes de su majestad católica.

DOMINGO BLANCO

Murió un socialista en Loochirsty (Flan-des) y, naturalmente, dispuso que su entierro fuera civil

Siguiendo las costumbres de aquellas tierras los curas congregaron al vecindario católico del pueblo y de los comarcas, encargándole que gritara y que imitase á todo género de animales.

Y el entierro se verificó, no obstante el bárbaro concierto, concierto que alguna vez interrumpieron ó acallaron con sus denuestos los acompañantes del cadáver.

Los hijos de mi corazón son lo mismo en todas partes: tan desvergonzados, tan procaces y tan aficionados á representar el papel de animales en cuanto tienen escenario apropiado.

Sienten constantemente la nostalgia del rebuzno y el gruñido. Sin duda en la anterior hornada estuvieron aquí en clase de burros ó cerdos.

LO QUE ES EL BLOQUE

Queréis saberlo, republicanos que habéis entrado en él? Leed esto que dice *El Globo*, periódico liberal:

«El bloque habrá sido una tentativa más ó menos afortunada para incorporar á la vida pública á los voluntarios y obsecadamente apartados de ella, y si no da los resultados apetecidos por sus organizadores, los elementos que son alma y nervio del partido liberal podrán sentirlo, pero no llorarlo.»

No puede decirse en menos palabras y más clarito que os han buscado para servir á la monarquía, que á esto equivale lo de *incorporaros á la vida pública*.

Y hay que advertir que *El Globo* es un periódico que piensa lo que dice y dice lo que piensa.

Por lo tanto, los republicanos que continúan en el bloque, no pueden ya abrigar dudas acerca de la significación que en él tienen; el de hombres que se han incorporado á la vida pública abandonando su voluntaria obsecación.

Y si esto les satisface, San Melquiades los bendiga.

DOS QUE CALLAN

Hay un hombre que en estos momentos debe sonreír con esa sonrisa en que entran por partes iguales la ironía y el desprecio. Aludo á D. Alfonso González, exministro de la Gobernación, anulado políticamente desde que trató de atajar los estragos producidos en España por las Ordenes religiosas.

Y aún el propio general López Domínguez ¡qué no dirá para sus adentros al ver que aquellos liberales que no le prestaron el apoyo que merecían sus democráticos propósitos en tal sentido, se levantan ahora de la cama gritando: ¡anticlericalismo!, después de haberse santiguado devotamente; se pasan el día repitiendo la misma palabra, excepto la hora que dedican á oír misa; y se acuestan con ella en la boca, hasta que su señora les pregunta si han rezado ya la parte de rosario que tienen por costumbre!

Si; habría que oír á los dos, el general y el exministro, hablando de par en par acerca de esto. Sus palabras matarían el bloque, si no estuviese ya cadáver.

LOS BLOQUISTAS

Lo particular en esto del bloque, es que no entran en él los republicanos que han venido combatiendo constantemente el clericalismo, y si aquellos que no se han ocupado de la cuestión hasta hoy; los que van á misa, ó dejan que su familia vaya en nombre de la libertad de conciencia, que ahora piden, ¡almas generosas!, para los demás; los que abominaron siempre de los que reclamaban para España todo eso de que habló Moret en Zaragoza; los que por regla general rehuyeron concurrir á los mítins de librepensadores; los que no leen los periódicos que combaten á la Iglesia; los que, en fin, nada hicieron para hacernos entender, ni aun por leves indicios, que almacenaban en sus pechos esa formidable hoguera anticlerical.

Tal vez sea por que, como dijo Ayala

«El río cuanto más lleno,
oculta mejor su fondo,
y á medida que es más hondo
aparece más sereno.»

Claro que han entrado en el bloque algunos de los que antes combatieron cara á cara al clericalismo, pero ¡ay! son tan pocos, que lo que valen queda anulado por lo escaso del número.

Lo cual demuestra que sólo han respondido al llamamiento, aparte alguno que otro aspirante á un acta, los católicos del partido republicano; los que quieren acabar con el clericalismo respetando frailes y curas.

¡Y lo que se rien los clericales de estos señores de dos caras!

HERIDA ABIERTA

Copio de *El Imparcial* del 29 del mes último:

«Un grupo de carlistas, calada la boina y requerido el garrote á guisa de fusil, al son de corneta, ha efectuado un á modo de paseo militar por las pintorescas falldas del Tibidabo de Barcelona y concluyó por realizar el ejercicio, ó, al menos, alinearse marcialmente antes de tomar unos por la derecha y otros por la izquierda, rompiendo filas.»

No es la primera vez que la marcialidad carlista se luce en sitios públicos de la ciudad condal y en los campos de aquella región, ora con excusas religiosas, ora con pretextos de propaganda pacífica.

Cuando la fiesta del homenaje, los carlistas desfilaron ante Salmerón de cuatro en fondo con boinas y bandera. En otras ocasiones pudo apreciarse análoga audacia. Y, no ya en Cataluña, sino en otras regiones, singularmente en tierra euskara, los partidarios de Don Carlos han repetido sus «aplechs», sus manifestaciones, sus exhibiciones más ó menos bélicas, entregándose á desahogos políticos que escandalizaron el sentimiento liberal español.»

Leo esto, y no puedo remediarlo: vuelvo á pensar en los republicanos que, al unirse á los carlistas, les han dado alientos y esperanzas.

De todos los contubernios indignos que se han hecho en la política española, ninguno como ese de la Solidaridad; porque ha sido á la vez abdicación, deshonor, crimen... en los republicanos. Los demás han entrado en ella sin sacrificar ni un átomo de sus convicciones; antes bien las han servido.

Hay cosas en política que ni el tiempo, ni el ejemplo, ni el desengaño logran hacérselas suponer hasta que ocurren. El que me hubiera dicho antes de pactarse la Solidaridad que un republicano (no digo muchos, uno solamente), pudiera unirse nunca para nada con un carlista ó un separatista, hubiera recibido un mentís rotundo.

Ha ocurrido, y en ciertos momentos creo que no es verdad; tan inconcebible me parece todavía.

Y es que tengo el defecto de juzgar á los demás por mí.

¡Unirme yo con los asesinos de nuestros padres! Ni aun para traer la república; lo he dicho mil veces. ¡Alíame con los irreconciliables enemigos de la libertad! Ni aun para alcanzar la salvación eterna, si creyese en otra vida.

Léase la octava plana de este número, donde se describen los crímenes cometidos en la Calzada de Calatrava y en Puertollano, entre los infinitos que perpetraron en la primera guerra civil. Y el que después de leerlo no se jure á sí mismo rechazar toda alianza, toda unión, todo contacto con quienes defienden hoy lo mismo que defendían aquellos bandidos que realizaron el infame acto aquél, ese, quien quiera que sea, y apódesese políticamente como se apode, ni ha sentido nunca la libertad, ni merece estar si no con ellos, pensar como ellos y hacer lo que ellos, por no haber sido nunca más que un carlista disfrazado de republicano.

Ninguna consideración política, ningún interés de localidad, ningún agravio recibido, nada, en fin, puede disculpar á los republicanos que se han unido á esa excrescencia gangrenosa del pasado que se llama partido carlista, infundiéndole esa osadía que los lleva ya á manifestar públicamente sus aspiraciones en una ciudad tan democrática como Barcelona.

No se echarán al campo, porque no pueden, á pesar del apoyo que frailes y curas les prestan; pero si lo hicieran, los principales culpables no serían ellos, sino esos republicanos que á ellos se han unido, abdicando de su nombre, traicionando sus ideas, enlodando la historia del partido...

¿Y todo por qué? Por satisfacer un odio... por alcanzar un acta...

¡Dar tanto por poco! Si no causara indignación, produciría asco la conducta de esos republicanos.

SIGLO XX DE LA ERA CRISTIANA

Hace 1.900 años que vino Jesús al mundo á predicar la paz, el amor al prójimo, la caridad y á decir á los hombres que eran hermanos.

Desde hace 1.600 años esta religión es la de Europa toda, y España se engalana con el título de católica, y hasta pasa por la hija predilecta de la Iglesia.

Tenga el lector la bondad de dar por reproducidas estas verdades incontrovertibles cada vez que lea el epígrafe que encabeza estas líneas y... adelante.

De cada 1.000 niños que nacen mueren antes del año:

En París.....	103
• Amsterdam.....	116
• Londres.....	122
• Stockholm.....	125
• Copenhague.....	159
• Viena.....	174
• Madrid.....	202

No sin recordar que Viena es población católica, como Madrid, reduzcamos á un término medio las proporciones de todas las ciudades citadas con excepción de Madrid y de Viena, y tendremos que de cada 1.000 nacidos pasan del año:

En las poblaciones no católicas..	899
En Madrid y Viena.....	812

Diferencia..... 87

Quedamos en que una de las bases esenciales de la religión es el amor al prójimo; pues veamos ahora qué relaciones hay dentro de este Madrid, lleno de iglesias y de conventos y de asilos, entre los nacimientos y los muertos menores de cinco años.

La mortalidad media es de 40 por 100 nada menos, pero—y excluyendo aquellos barrios donde hay enclavadas lo que con dulce eufonía llaman instituciones de beneficencia—esta mortalidad es desigual, hasta el punto de que podemos fijar las siguientes proporciones por 100:

Barrios acomodados.....	23,9
Idem no acomodados.....	58,9

O estas otras que son las extremas:

Barrios ricos.....	21,0
Barrios pobres.....	66,4

Y especializando barrios y citando sólo cuatro, los de mortalidad menor y mayor—los barrios de Madrid son 100—tendremos las siguientes proporciones, siempre por 100:

Barrio de Fernando el Santo	19
Idem de Goya.....	20
Idem del Gasómetro.....	63
Idem de Huerta del Bayo...	70

Es decir, que en dos de los barrios más ricos de Madrid mueren al año por cada 1.000 nacidos 490 menos que en dos de los más pobres.

J. J. MORATO

El gran secreto frailuno

REVELACIÓN Y CLAVE

Me ha escrito un lector para decirme que si yo comprendí bien, oídas las razones de mi amigo el fraile agustino, insertas en el artículo anterior, que los frailes fuesen los primeros en desear la extinción del monaquismo; á él, al lector, aún le quedan sus dudas, cuya aclaración me pide.

Voy á complacerle con la revelación de algo que conocen muy pocos.

El monaquismo, como buen hijo de la Iglesia católica, es una institución tan anárquica como ella. Nadie ha combatido tanto, en apariencia, el anarquismo; ya lo sé; pero lo ha hecho por interés en ocultar el suyo, que lleva dentro y que difunde por donde pasa, quiera ó no quiera, ¡que vaya si quiere!

No se componen Iglesia y monaquismo de directores y dirigidos, sino de verdugos y víctimas, de pilletes que están en el secreto y de inocentes ó débiles. Los primeros viven convencidos de que la religión católica y el cristianismo son una farándula muy buena para medrar y bien vivir á costa de los crédulos; los otros tienen fe, poca ó mucha; «se lo han creído»; «se han tragado la patata», como vulgarmente se dice.

Parece como que éstos, valiéndose más por su fe, que lleva aparejado un poquito de virtud, debieran ser los dominadores. Sucede, y es lógico, lo contrario. La fe religiosa es por sí misma un signo de inferioridad; la virtud cristiana un elemento negativo estrador de energías, rémora, debilitante y virus de impotencia. En general, aun fuera del cristianismo, la honradez constituye un obstáculo para abrirse paso en la sociedad.

Con lo dicho creo que debiera bastarle á mi lector preopinante para comprender que los incrédulos sin conciencia sean los que dominen á los más ó menos concienzudos creyentes. Para aquellos no hay trabas ni freno á su audacia; estando en el secreto, saben á dónde van, mientras que los otros en su misma fe y virtud encuentran la más pesada impedimenta.

Mas ¿cómo éstos, que son los más, pues los dirigidos donde quiera exceden en número á los mandones, no se escandalizan de la incredulidad de los otros, manifiesta en sus mismos vicios? Te diré, lector amigo, te diré. Entramos en el hueso duro del misterio.

La base de la sociedad Iglesia y de sus ramificaciones, una de ellas la monacal, es la fe, no la virtud; fíjate bien en esta distinción: creer es una cosa, obrar es otra. Según la doctrina católica, el que cree puede obrar como un criminal, y sin embargo, siempre hay esperanza de que se convierta y se salve, y de todas maneras, si guarda las formas, allá él y sus vicios con Dios en el fuero de la conciencia. En cambio, el que no cree, aunque sea un justo inmaculado, no pasará de legítimo candidato al infierno, de enemigo de la religión y de piedra de escándalo continuo; precisamente por sus virtudes—va

pito que te fijas mucho,—por sus virtudes, puesto que el espectáculo de ellas hace entender al pueblo que sin fe se puede ser bueno, y no hay nada que más perjudique a la Iglesia que esa convicción; ¿estamos?

La teoría es inmoral sobre toda ponderación; pero consecuencia lógica del inmoral principio cristiano: «La fe (léase la credulidad) vale más que la virtud, aunque sin ésta no se consigue el cielo», región que, por muy lejana, nadie la ha visto, é importa poco a la Iglesia, cuya única preocupación es el dominio sobre la tierra, sus bienes y sus placeres.

Establecido el principio y la teoría que de él se sigue, el creyente lo es todo en la sociedad cristiana; el virtuoso, nada ó muy poco. Pero ¿cómo conocer al que de veras tiene ó no tiene fe? De ninguna manera; precisa, pues, atenerse al testimonio externo del sujeto mismo. El que dice, y cuanto más alto mejor, *yo creo*, ese es el cristiano y el católico, observe la conducta que quiera; el que dice no creo ó dudo, se denuncia perverso y réprobo, aunque de puro santo haga milagros. Resultado: que como la verdadera piedra de toque está, según vamos viendo, en la palabra, no en la conciencia, en lo exterior, no en el interior, no hay necesidad de fe, basta con su apariencia, vulgo hipocresía, y no hipocresía de la virtud, que es muy difícil, sino simplemente de la fe, la cosa más improbable del mundo. El verdadero católico es el hipócrita; lo que el catolicismo exige terminantemente, ineludiblemente, es la hipocresía más sencilla, la de la fe: ya sabe lo que se hace. ¿Ves cómo no hay nada en el mundo más inmoral desde su raíz que el cristianismo de las iglesias? Pues atiende á las consecuencias en el terreno de los hechos.

En el clero, en el monaquismo, entre neos, todo se puede hacer y decir, menos expresar incredulidad en la cosa más pequeña. Un sacerdote, un fraile, una monja, cabe que que sean ladrones, asesinos, parricidas, rufianes, disolutos ó lo que quieran; se les castigará más ó menos ó nada, pero se les considerará siempre del gremio. Así, un cura ó un fraile, monja, etc., aunque los crucifiquen jamás dirán: yo no creo. Ni aun tienen que decir que creen; les basta no exteriorizar que dejan de creer.

Viniendo ahora á la sociedad conventual, nadie en ella manifiesta que cree ni que no cree; eso no se le pregunta. ¿Estás aquí? Luego la fe te trajo y te retiene mientras tú no digas otra cosa (en el clero, y entre neos, sucede lo mismo). ¿Y no se confían á veces en el seno de la amistad? Nunca; la cosa es muy grave, la traición en esas corporaciones cosa corriente; guarda! que en el amigo de hoy debo yo ver al enemigo de mañana ó al traidor de ahora mismo. Tan grave cosa es, que los incrédulos borrachos hablarán, presa de la embriaguez, más que cien cotozras, llegarán así á reconocerse reos hasta de crímenes enormes; pero no se ha dado un caso de confesar su falta de fe, ¿vas comprendiendo, lector querido? ¿Cuánta luz, ¿eh?

El fraile incrédulo y vivo que está en el secreto, que conoce la Iglesia y la Orden en que vive, oculta su escepticismo aunque publique sus vicios. Aquél le proporciona medios, atrevimiento, ingenio y falta de escrúpulo para la intriga y la hipocresía, y al fin vence y sube, sube, hasta la condición de mandarín.

Ya en ella, sabe que está entre colegas iniciados como él, á quienes guña el ojo, ¡qué pillines somos! ¡Qué tontos son esos (los creyentes)! y con los pillines vive á sus anchas pisoteando la religión, el Evangelio, la regla de su Orden y la moral, lo mismo que ellos, quienes le protegerán y le cubrirán cuanto puedan; hoy por tí, mañana por mí.

El creyente querría subir, pero su fe le impide intrigar, arrastrarse en la adulación y dañar á otros. Se atrasa y le atrasan en su carrera, abusan de él, y si tiene talento, al fin llega á sorprender el secreto: «mentira es todo en la religión»; ¡á buena hora!, es ya tarde; le han cogido la vez, y siempre le quedará cierta honradez procedente de su anterior estado de conciencia. Si no es listo, nunca deja de creer, y él será el destinado á los trabajos penosos, á morir ó mal vivir en las misiones, á ser el héroe, el santo que con sus hechos dé lustre á la Orden y distraiga la mirada pública de los vicios de los otros. Para él se ha hecho la observancia, que quiere decir vida de perros; para los otros el camino ancho.

Son, por lo que va dicho, dos las clases de subordinados: los listos, que tienen que resignarse aun estando ya en el secreto, porque no les queda otro remedio; y los inocentes, á quienes su fe mantiene en la condición de ovejas; todos viven muy mal, y sólo una clase, la mandarina, muy bien; por eso es la única que desea la continuación del conventualismo.

Creo que no he podido ser más claro y preciso en la revelación de este gran secreto eclesiástico y monacal. Último perfil: entre los iniciados y mandarines se observa esta importantísima regla: «Por nada del mundo uno de nosotros inicie ó despabile al que no esté en el secreto: que lo conquiste quien pueda y merezca llegar á privilegiado.»

JOSÉ FERRÁNDIZ

«¡Eh! ¡Pronto! ¡Hala! ¡Hala! ¡O dentro ó fuera!»

Esto decía con voz encolerizada un cura

rechoncho y mofletudo, José Broto, á la puerta de la iglesia de Ayerbe, á unos vecinos que acompañaban el cadáver de una señora y no habían querido entrar con él.

De lo que se deduce que todavía existen poblaciones donde, contraviniendo las leyes, se llevan los cadáveres á la puerta de los templos ó se les tiene dentro durante el tiempo que se tarda en responsearles.

Si al alcalde de Ayerbe y al párroco los empapelaran judicialmente, la Higiene, la Ley y la Justicia quedarían desagraviadas del insulto que les infieren.

Quéjense los vecinos al Gobernador civil, y por muy clerical que sea, no tendrá más remedio que prohibir esa costumbre tan absurda y perjudicial.

ESPAÑA EN EL SURCO

Hemos entrado en el undécimo año de nuestros últimos desastres coloniales.

Han pasado diez años desde que la opinión hizo suya aquella conclusión de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, que pedía: «Hacer financieramente por la paz lo que se ha hecho por la guerra.» Han pasado diez años, y aún no se ha hecho nada.

Caimos en el surco, y en el surco continuamos.

Francia, por no citar otras naciones, en el año 77, no restañadas aún las heridas del 70, después del desastre de Sedán, el Parlamento vota 120 millones de francos para la construcción de escuelas y fomento de la Instrucción pública. En España se destina á este objeto menos de medio millón de pesetas.

Del 73 al 88, Francia gastó en edificaciones escolares más de 500 millones de francos.

Actualmente, Cuba y Puerto Rico, desde que se emanciparon de España, ponen todos sus cuidados é invierten sumas fabulosas en el mejoramiento de la Instrucción pública.

En España, al discutirse este año en el Parlamento el Presupuesto de Instrucción pública, un Presupuesto raquítico y miserable que no basta á atender las más perentorias necesidades de la enseñanza, el ministro se negó á aceptar ninguna enmienda.

Y mañana veremos, en la *Gaceta*, con la relación de los nuevos Presupuestos, que la obra financiera del Gobierno para la España de 1909 es la misma que la de 1908 y de años anteriores.

«Y así se pasa la vida,
y así se viene la muerte
tan callando...»

Para España no reza el refrán: «Año nuevo, vida nueva.»

PEDRO LOPERENA

Calendario del obrero

PARA 1909

Compuesto por J. J. Morato. Contiene, entre otras cosas, un Calendario laico; muchas y muy útiles estadísticas; señas de los organismos obreros de España y del extranjero; tarifas de Correos, Telégrafos y del Registro civil, extracto de las leyes de asociación, reunión é imprenta con formularios para su ejercicio; extracto de la ley de accidentes; reducción de pesas y medidas; tabla de jornales, y cuentos, chascarrillos, versos y pensamientos revolucionarios.

Se vende á 15 céntimos ejemplar, y por docenas á 10 céntimos.

Los pedidos al autor, Norte, 17, ó á la administración EL MOTIN.

R. G. INGERSOLL

Célebre propagandista anticlerical de Norte América, muerto hace poco: lo que no morirá nunca es su memoria.

Hombre de instrucción vastísima y de cerebro limpio, dedicóse á recorrer las principales poblaciones de los Estados Unidos dando notabilísimas conferencias contra el catolicismo y el protestantismo. De ellas son muestra las que ya se han publicado por EL MOTIN tituladas *Herejes y Herejías* y *Cómo se fabrican dioses*. En breve se pondrá á la venta la titulada *Después de la muerte*. Y se irán publicando todas.

Para que pueda juzgarse cómo pensaba y exponía, á continuación va lo que dijo en el entierro de un amigo suyo:

«Otra vez nos hallamos frente á frente del gran misterio que sombrea el mundo. Preguntamos... y nadie nos responde. Allí, en el inmenso mar de los naufragios, no flota ni el menor despojo. La esfinge tiende como

siempre su mirada por el vasto desierto de la muerte, pero, como siempre también, permanece muda.

Otro corazón ha dejado de latir. La noche ha caído sobre el día; pero él vivió, amó, fué amado, tuvo mujer é hijos que estampaban besos en sus labios, y esto es bastante. La más larga vida no contiene nada mejor. Esto llena el vaso de la alegría.

Fué mi amigo, y seguirá siéndolo siempre, pues el vivo puede prevaricar, mientras que el muerto es fiel.

No era cristiano. En el Edén de su esperanza no se arrastraba ni enroscaba la serpiente del castigo eterno. En varias lenguas él buscó el pensamiento de los hombres y resolvió para sí el problema del mundo, aceptando la filosofía de Comte. La humanidad era su Dios, la raza humana era el Ser Supremo, y en este Ser Supremo él descansó.

¿Qué podemos decir de la muerte? ¿Qué podemos decir de los muertos? Donde ellos han ido la razón no llega, y de allí no ha venido todavía información ninguna. Pero bien podemos creer que la Naturaleza, que se inclina y sonríe ante el recién nacido, extiende en señal de bendición sus manos sobre el muerto.»

Todos unos

Mientras por esos mitins del bloque se comen los curas crudos, los liberales siguen en sus localidades respectivas mezclados y confundidos con los clericales. Un ejemplo entre mil.

Han sido nombrados presidentes honorarios de la Junta clerical de Lanjaron los señores Natalio Rivas, subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros con Moret, y D. José García Moreno, jefe del partido moretista del distrito; junta de la que es presidente el cura párroco, tesorero el teniente cura, vocales el hermano del cura y su suegro, y secretario otro pariente suyo. En la sesión inaugural, sentado el alcalde á la derecha del párroco y teniendo á la izquierda otro cura, se maldijo furiosamente del liberalismo.

Bonito juego se traen en Lanjaron todos los clericales; cogidos de un faldón de la levita de Maura y de otro de la de Natalio Rivas, se dejarán caer del faldón del que mande. Si hoy maldicen del liberalismo, mañana proclamarán el programa de Zaragoza.

Verdad es, que esto que ocurre en Lanjaron, se repite en casi todas las poblaciones de España.

Los liberales y ciertos republicanos pecan en los mitins y hacen penitencia en su casa.

Un joven de Maguncia ha asesinado en un acceso de locura religiosa á su padre y á dos hermanas, encarnizándose en los cadáveres. El día que cometió el crimen había ido á misa, confesando y comulgando además.

Recomiendo á los padres y á las hermanas de los que confiesan y comulgan, que tomen sus precauciones cuando el hijo ó el hermano vengan de cumplir con la Iglesia, por lo menos hasta que no averigüen si lo ha hecho por estar loco, ó está loco por haberlo hecho.

En estos negocios en que peligra la vida todas las precauciones son pocas.

ADVERTENCIA

En la última plana de este número reanudo la publicación de Los crímenes del carlismo, interrumpida en el número 6 por falta de espacio.

Y seguiré llenando con ellos la misma plana en lo sucesivo, si asuntos de actualidad no me obligasen á suprimirla alguna semana.

¡Arre allá!

Tenéis mucha razón, carcundillas, al decir que es una honra ser atacados por mí, clerófobo, perseguidor de la Iglesia, é inventor de la *higiéncia escupidera clerical* donde debe depositar todo liberal su saliva. Es quizás en lo único que podemos estar conformes; en que os honro al escupiros.

Con vosotros hablo, jesuitillas de Azpeitia, que habéis echado las patas por alto al leer lo que dije acerca de los jesuitas de Aizpurúa y Lasquibar, y sus lacayos Epelde y Alberdi.

Que os calce bien el veterinario del pueblo, pues váis á estropear mucho calzado si no abandonáis esa costumbre.

Porque os quedan muchas cositas desagradables que oír.

ANDANDO POR MADRID

LOS SUBURBIOS

Muy niño aún salí de España, y al llegar á los treinta años fué tal el deseo de volver á mi país, que liquidé como pude mis escasos bienes y emprendí el regreso. No conocía Madrid más que por fotografías. Llegué á él de noche, y desde lejos vi la capital envuelta en una semi oscuridad, salpicada de trecho en trecho por la nota brillante de un arco voltaico circundado de aureola luminosa. Esto trajo á mi imaginación los nombres de Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Rivero, Echegaray, Moret, Cajal y la juxtaposición de ideas hizo que aquellos arcos me representasen otras tantas inteligencias privilegiadas, á cuyos brillantes destellos acudíamos como mariposas los admiradores del genio.....

En este estado de ánimo desperté á la mañana siguiente, compré el plano de la población, y decidí lo á recorrerla en todos sentidos, fui á la Puerta del Sol, y en la farola del centro esperé la llegada de algún tranvía. Ninguno paraba en ella y tuve que cruzar á la que está frente á la calle de la Mortera. Traté de subir, y el conductor me dijo secamente: «Por detrás es la subida.» Obedecí; pero como mi objeto era ver la población, pasé á la plataforma anterior, y antes de que partiera el coche subí un caballero. Pregunté al conductor: «¿Por qué d-ja usted subir á este señor y á mí me hizo usted ir á la otra plataforma?» «Es autoridad», me contestó. Acepté la explicación, y aunque no llevaba ningún distintivo, supuse que sería policía secreta.

Se puso en marcha el vehículo, y á los pocos pasos subió otro viajero, también por la plataforma anterior, poco después otro, y entonces pregunté á un sujeto mal vestido que llevaba una gorra en la que se leía: «Vigilante de tranvías.» «¿Son todos estos señores de la policía?» «No, señor, me dijo; pero estando en marcha los coches se puede subir por donde se quiera.» Me volví para mirarle, y al hacerlo leí un letrero que con letras grandes decía: «Prohibido subir y bajar en marcha», y entonces me hice las siguientes preguntas: «Si está prohibido subir en marcha, ¿cómo se permite? y si el letrero que lo prohíbe está dentro del coche, ¿cómo lo va á leer el que trata de subir? Al que ya ha subido no le sirve de nada; el que va á subir no lo puede leer desde el suelo, y el que sube en marcha lo hace por donde quiere; pues no me explico para qué sirve el letrero, como no sea una martingala de la Compañía para eludir responsabilidades.»

En estas consideraciones subimos la calle de la Montera y entramos por la de Hortaleza, donde apenas caben los dos tranvías que en ella se cruzan. Llegamos á la Glorieta de Santa Bárbara, y allí subió un empleado que, con el conductor y una cocinera, empezaron una conversación tan animada como poco educativa. A tal punto llegaron las palabrotas de unos y de otros, que me dirigí de nuevo al vigilante de tranvías, el cual me dijo que su misión se reducía á que no llevasen los tranvías más gente que la indicada por los letreros. Miré éstos, y lo primero que leí es: «Prohibido hablar al conductor.» «Plataforma anterior, nueve viajeros y una autoridad.» Total: diez y el conductor once.

¡Bamos catorce y un niño!

Llegamos á los Cuatro Caminos, cuyo trayecto me pareció barato. Vi un sinnúmero de puestos de verduras, pescados, carnes, etcétera, á la intemperie, resistiendo el polvo que los carros de basura que subían de Madrid levantaban, y como el olor y el polvo no eran agradables, subí al tranvía de la Ciudad Lineal y tomé asiento en su interior; allí estaban el cobrador y otro empleado fumando y escupiendo tranquilamente, mientras yo leí los letreros de «Se prohíbe fumar» y «Se prohíbe escupir.»

La vuelta por la Ciudad Lineal nada de particular ofrecía: una calle sin urbanizar, que más bien parece la explanación de un canal ó ferrocarril, y distantes unos de otros hotelitos de un gusto deplorable, que habla muy poco en favor de los arquitectos de Madrid. Llegamos al final del trayecto, Las Ventas, y allí se repitió el cuadro de los puestos de artículos de comer al aire libre entre el polvo del camino levantado aquí, no por los carros de la basura, sino por los carros mortuorios y unos desvencijados, sucios y mal olientes coches que hacen el servicio al cementerio. Como marco de todo aquel cuadro de *higiéne pública*, el Arroyo Abroñigal, convertido en basurero, y unos morderos contruidos de trastos viejos, de peor gusto, si cabe, que los de los Cuatro Caminos.

Allí me digeron que en su interior se fomenta la inmoralidad pública y privada.

Subí al tranvía y al poco rato suben los vigilantes de consumos, que empeñados en aforar el almuerzo que una mujer llevaba, profirieron todo género de palabras soeces, demostrando su *esmerada educación* ante otro vigilante de tranvías y dos guardias municipales que impávidos presenciaban la escena.

Llegó á la Puerta del Sol y subo á un nuevo tranvía que ponía «Pacífico», y después de pasar por la estación del Mediodía llegué al puente de Vallecas, donde se repitió el cuadro que había visto en los Cuatro Caminos y las Ventas, sólo que aquí el polvo no era de las basuras ni de los muertos, era del yeso que traen constantemente los

carros de Valdecas; pero no faltaba ni el arroyo convertido en basurero ni los inmundos merenderos.

Regresé de nuevo a la Puerta de Atocha y allí tomé otro tranvía que decía «Estación del Norte». No bien se puso en marcha por la Ronda de Valencia empecé a ver desfilar ante mis ojos una serie de construcciones feas y en mal estado, la calle tomada con tranvías, acera de un solo lado, cual si los vecinos de la otra perteneciesen a peor familia. Sólo llamé mi atención un almacén de maderas que ostenta en su fachada el nombre de un bilbaino, Francisco Arana y Lupardo, construcción de buen gusto y verdadero oasis en aquel desierto.

Pasamos al Portillo de Embajadores y subimos por la Ronda de Toledo, donde se encuentran una serie de puestos de trapos viejos, botas, hierros, comestibles, etc., aún peor, más sucio y más asqueroso que lo anterior, y aquello se llama ¡Las Américas! Por consideración a los americanos debería borrarse ese letrero, especialmente ahora que se está intentando celebrar una exposición Ibero-Americana.

Pasamos por el Matadero, de aspecto exterior digno de aquel barrio, Puente de Toledo y el Paseo de los Pontones, donde me enseñaron el mercado de ganados, que es un terreno sin ningún signo de civilización, con unas casitas en estado ruinoso y restos de una casa ya destruida hace tiempo.

Dando la vuelta por el paseo Imperial, vi la estación de mercancías llamada de Las Pulgas, y no me llamó la atención lo sucio de aquel barrio porque ya estaba saturado, pero sí el mal estado del piso por donde tienen que subir los carros, indigno de una aldea cualquiera, más indigno aún de la villa y corte de Madrid.

En este trayecto observé que en varios puntos había unos letreros que decían «Parada del tranvía» y no pararon. No me extrañó, acostumbrado a los incumplidos del interior de los coches.

Tan cansado estaba de mi excursión y saqué una impresión tan triste de mi visita a los suburbios, que decidí apearme frente al antiguo Campo del Moro, convertido hoy en un magnífico parque.

Para no sufrir otra decepción seguí por las rampas la curva que conduce al Puente del Rey, por donde pasa S. M. dos veces al día por lo menos, seguro de que aquello estaría bien acondicionado. No bien hubo pasado las tapias que tapan los feos lavaderos de ambos lados, vi frente a mí un muro destruido en grandes trozos, que trata de defender la carretera de las avenidas del río, y percibí un olor que de la parte Sur venía, retrocedí unos pasos y entré en la alameda de la Virgen del Puerto. Allí había unos cobertizos ruinosos que amenazan sepultar bajo su cubierta las cuarenta ó cincuenta mujeres que en cada uno de ellos lavan, y entre ellos y el camino, un arroyo de aguas negras y mal olientes que, según me dijeron, era el desagüe de una alcantarilla que conduce próximamente la tercera parte de las aguas fecales de Madrid. Y se me ocurrió preguntar: ¿Qué contestarán nuestras autoridades a los príncipes extranjeros que nos visitan cuando pregunten qué es aquel agua que huele tan mal? Porque no se les ocurrirá, que una alcantarilla con todas sus emanaciones palúdicas y tanta variedad de gérmenes patógenos, esté a diez metros del sitio que frecuenta el Rey a diario. Y si ven que sobre el mismo cauce de las aguas sucias hay casas y dormitorios que solo se separan de ella por un ligero piso de tabloncillos y entarimado, apreciarán nuestra cultura higiénica en cuanto vale.

El freno religioso

Yo no lo vi. Pero un amigo mío que tuvo esa fortuna vino al instante a contármelo.

Al pasar por la calle de Leganitos la tarde del 28 del pasado, vi a los transeúntes dirigir sus miradas a un punto negro: miró él, y sus ojos tropezaron con un respetable sacerdote que lucía una borraquera fenomenal.

Haciendo gestos y dando camballadas y traspiés, vieron desaparecer por la calle de Isabel la Católica con los bajos sucios y los manteos embarrados, efecto de las caídas que diera abrumado bajo el peso, no de la cruz como su Divino Maestro, si no del alcohol que se le había subido a la cabeza.

Las gentes se regocijaron mucho con el espectáculo; a mí el relato sólo me da tristeza. Un cura borracho en la vía pública me la produce mayor que ver en el mismo estado a una mendiga. ¿Porqué serie de degradaciones no hay que pasar para ofrecerse de ese modo a las burlas del público?

¡Beber vino por la mañana para celebrar el santo sacrificio de la misa y por la tarde para celebrar el sacrificio de la dignidad, como hombre y como sacerdote!

Indudablemente la religión no es un freno.

Confusión de ideas

En Sicilia han sido destruidas por un terremoto varias poblaciones cercanas al volcán del Etna, habiendo casi desaparecido completamente las de Messina y Reggio. Se

calcula en 200.000 las personas muertas por la espantosa catástrofe.

He tratado de recordar aquello que dice el P. Ripalda de la bondad y la misericordia de Dios, y no me ha sido posible.

He procurado convencerme de que es cierto lo de que no se mueve ni la hoja del árbol sin su voluntad, y se han embrollado mis ideas.

Y he pretendido explicarme por qué el Papa ha encargado que se rece en todos los templos para que cese el terremoto, y tampoco he dado en el quid.

No estoy, por lo visto, en vena de explicarme ni comprender nada en este instante. Sólo sé que hubiese perdido ahora mis creencias religiosas, si por desgracia las hubiera conservado todavía. Ante esa brutalidad de la materia, me habría creído un hombre completamente falto de razón admitiendo la existencia de un ser que la había preparado ó impulsado hacia esa destrucción horrenda.

Me es absolutamente imposible hermanar la idea de un Dios bueno y misericordioso con la que despierta el espectáculo de esos 200.000 cadáveres pudriéndose entre los escombros de esas poblaciones destruidas.

Siga el saqueo

Hace pocos días paseaba un amigo mío por Villena, cuando oyó una voz que antojósele de *bajo-bordo*; advirtió que salía de una iglesia, y entró para matar el tiempo.

Y vió a un fraile recomendando a voz en cuello desde el púlpito la adquisición de papeletas para la rifa de un libro que a lo sumo podría valer 30 céntimos; cada papeleta costaba 5, y vendió unas 500, pues había beata que compraba 10.

A la salida preguntó mi amigo a un creyente, si aquella rifa era excepcional, y contestóle que no; que se celebraba una igual cada uno de los días de la novena; y que las monjas rifaban todo el año libros, escapularios, platos de dulce, gallinas, etc., etc.

¡Buenos calzonazos son los curas que toleran que los frailes hagan y deshagan en sus iglesias y esquilan a sus ovejas en sus propias narices! ¿Por qué no van a mitad en las ganancias, por lo menos? ¿Ha producido veinte duros la función? Pues a 10 por barba. Todo lo que no sea esto, es pasar plaza de tontos.

«¿No es la viña del Señor para todos? Pues a partir. Y si no, a buscárselas a otra parte. En mi iglesia mando yo.»

Esto deberían decirles los curas a los frailes que aparecen por sus dominios. Y el que no se conformase, que apretara las correhuelas a las sandalias, y andandito.

Sigan los curas mi consejo y me darán las gracias al hacer el balance de fin de año.

OTRO QUE CAE

A los treinta y dos años de vida, y después de haberse publicado muchos diariamente, escribe *El Balaarte*, semanario de Sevilla:

POST SCRIPTUM

Con estas líneas que escribimos hoy al frente de nuestro semanario ponemos su epílogo a la vez que cumplimos con los compromisos que teníamos contraídos con nuestros suscriptores.

Acaba el año 1908 y acaba con él *El Balaarte*.

Motivos?... Varios; pero, entre todos ellos, uno que conceptuamos poderoso: no somos ricos. Vivimos de nuestro trabajo, y la publicación de este periódico nos ha costado una buena parte de lo que con él ganamos y necesitamos para vivir.

En esta hora, solemne para nosotros, porque en *El Balaarte* hemos vaciado toda nuestra inteligencia, haciendo una labor de mejor suerte—y esto lo decimos sin modestia—no tenemos recriminaciones para nadie. Levantamos nuestro corazón por encima de todas las contrariedades de la vida y aceptamos el fallo de la sociedad, a la que hemos defendido con los ardores de una enérgica voluntad.

¿Hemos fracasado?... ¡Puede ser! El desengaño nos ha hecho perder toda esperanza?... Es posible. Pero sobre todas estas reflexiones hay una, que es la que nos lleva a tomar esta determinación: puede hacerse un sacrificio cuando éste espera el premio del agradecimiento, por lo menos. Cuando resulta negativo, ¿para qué?

Somos viejos. En las contiendas de la publicidad hemos saboreado los honores del triunfo y las tristezas de la derrota, y de toda esa lucha no hemos sacado otra cosa que esas inmensas satisfacciones que produce el deber cumplido: pero con satisfacciones no se pone el puchero.

Ya hemos dicho al comenzar que levantamos nuestro corazón por encima de todas las miserias, y, por eso mismo, no ajustamos cuentas con nadie: todas las damos por saldadas. Sevilla entera nos conoce: los amigos

por amigos, y los enemigos por enemigos.

Hemos vivido de nuestro trabajo, a un mermado éste por las contiendas de la política y socavado en las sombras de las ofuscidades por la ruindad. En nuestro trabajo quedamos y en él queremos buscar la muerte tranquila a que tenemos derecho después del árduo batallar.

¿Profesión de fe?... No hace falta. Lo que fuimos, somos, y lo que somos seremos. Una vida que ha estado sometida a tan duras pruebas es una ejecutoria demasiado honrada y valiosa para cambiarla, en sus postimerías, por un plato de lentejas.

Aquí en nuestro rincón, convertido en templo por la constancia y el afán de la lucha para buscar el pan, seguimos mirando hacia el porvenir con los mismos anhelos, con las mismas ilusiones de siempre.

Y... nada más. No hemos de negar que nos causa pena esta decisión, pero... se nos ha impuesto por la fuerza de las circunstancias.

«¡Venciste, Galileo!». O, lo que es lo mismo: Venciste, sociedad frívola ó increyente. Bien que nos haya hecho recorrer la calle de la Amargura... pero nada más. No nos dejamos enclavar en la cruz.

Muchas gracias, desde el fondo de nuestro corazón, a los amigos que nos han seguido hasta el fin.

Es ya viejo en el republicanismo este achaque de dejar morir por consunción a sus periódicos, sin advertir que, sin ellos, se habría casi apagado del todo la idea democrática. Ellos son los que han echado y echan combustible a la hoguera, la mueven para que se reanime y aventan la llama para que no se apague.

Por esto cada vez que desaparece alguno siento gran tristeza. Y cuando ese alguno ha luchado con los bríos, la constancia y el desinterés de *El Balaarte*, cuando ha estado siempre en primera línea combatiendo al enemigo de la libertad, la Iglesia, mi tristeza se acentúa.

Está justificada la amargura con que Juan Gironés y José Rodríguez La Orden se despiden. ¡Haber hecho el primero tantos sacrificios y renunciado a tantas cosas por sostener el periódico, y haber el segundo derrochado en él tesoros de talento, de ingenio, de gracia inimitable, sufrido prisiones, y rechazado también ofrecimientos que le hubieran llevado al bienestar, por rendir culto a la idea democrática en toda su extensión, para encontrarse ahora, cuando las fuerzas declinan y las esperanzas se nublan, el uno sin poder seguir costeando el periódico, el otro sin poder estampar semanalmente en él sus altas ideas de regeneración social, lanzar sus acerbados dardos contra la Iglesia, combatir toda injusticia, defender todo derecho...

Rodríguez La Orden, Gironés, amigos míos:

Si algún consuelo puede llevar a vuestra amargura el que alguien reconozca y aprecie la gran labor que habéis hecho, sabed que ese alguien existe, y ese alguien soy yo. Yo, que proclamo lo siguiente:

De todos los periódicos republicanos publicados en provincias, desde la restauración acá, ninguno ha sostenido en favor de la libertad y en contra de la Iglesia campaña más ruda y más constante que *El Balaarte*. Y cuando se puede con justicia decir eso de un periódico que desaparece, deben los que lo hicieron enorgullecerse de la labor realizada.

A los dos, a Juan y a Pepe, les dice ahora su antiguo amigo y compañero:

«Si alguna vez sentís deseos de comunicarle al público vuestras impresiones sobre algo que no quieran publicar en otro periódico, aquí está *El Motín*, que hoy se lee otra vez, a vuestra completa disposición; y no os lo digo por haceros un favor, sino por recibirlo.

Desde Pamplona

Después de meditar mucho *El Demócrata Navarro* la contestación y para hacer objeciones a una carta publicada en *El Motín*, en lugar de desmentir las categóricas afirmaciones estampadas en la citada carta, sale el mencionado diario con un suelto en el que no se sabe qué admirar más, si su necesidad ó la insidiosa cobardía del que ha cobrado por redactarlo.

Todo lo estampado en el suelto de referencia será cierto en lo que a nuestras personas atañe; seremos vacuos, falsos puritanos y... ¡hasta neos disfrazados de republicanos! pero con todo y con agobiarnos con calificativos de tal índole, nuestra afirmación queda en pie. Insultar no es contestar. Afirmamos que el bloque no existía en Navarra y lo sostenemos. Calificamos de farsa lo realizado en el Teatro el día 29 de Noviembre y tal calificativo en pie queda.

Para realizar un bloque político, lo indispensable en partidos democráticos es pedir autorización al pueblo para llevarlo a cabo, convocarlo, hacerlo ver las excelencias del mismo ó sus desventajas los que con su realización no estén conformes, y una vez que con conocimiento de causa el pueblo pueda

dar su opinión autorizada, llevar a la práctica sus decisiones.

¿Se ha realizado algo de lo expuesto anteriormente? No.

¿Y protestar de tal enormidad política merece los calificativos de vacuos, falsos puritanos y neos disfrazados de republicanos? El sentido común responderá a esta pregunta.

Y ahora vamos con el fondo de la cuestión: con el asunto del bloque.

El Demócrata nos sale con la cantinela de siempre: con el argumento de que el que no ayude a Moret hace el juego a la reacción. Esa idea ha tiempo la consideran muchos republicanos abnegados... como agua de borrajas. Los actos, mil veces más elocuentes que todos los discursos, están pregonando a voces, que si Maura extrema sus leyes reaccionarias, a nadie debe culparse de tales actos más que al partido liberal y señaladamente a su hoy caudillo señor Moret.

En el poder estuvo; ¿qué leyes de carácter político presentó en el sentido de restringir el enorme incremento de las Ordenes religiosas? ¿qué leyes de carácter social para evitar el hambre y por ende el despoblamiento de esta pobre nación? ¿Qué presupuesto de cultura para elevar el nivel intelectual de este pueblo víctima de todas las tiranías?

Poco puede encontrar en su Haber el partido liberal en estos últimos años en el sentido de contestar afirmativamente a las preguntas que anteceden.

Daría risa, si la indignación tal expansión permitiera, el ver que un político co-participa como el que más en nuestra decadencia, se encarama un día a la tribuna, y equivocando lastimosamente sus ansias de poder con la libertad que ha escarnecido, exclame campanudamente: «República: la libertad está en peligro; es preciso ayudarme a escalar el poder para desde allí contener el avance de las formidables huestes reaccionarias que se nos vienen encima.»

El que tal excitación dirigía, si el pudor pudiera coexistir en ciertos políticos, debía haberse puesto una careta, pues como garantía de que cumpliría sus promesas no presentaba más que su palabra, ¡la palabra de un Moret! ¡la palabra del que echó la zancadilla con cierto *papelito* a uno de los pocos gobiernos liberales que ha tenido la actual monarquía! repetimos que sería cosa de reírse si el asco lo permitiera.

Los republicanos que no han querido colaborar en la obra del bloque no son jesuitas; son los que tienen tal idea de su dignidad política, que no quieren servir de Celestina a ambición de ningún género; son los que no creen en el tardío amor de Moret por la libertad, pues que si tal amor existiese, ha mucho tiempo se hubiera hecho republicano, pues la experiencia y el sentido común pregonan elocuentemente que, en España particularmente, libertad y monarquía son incompatibles. Son los que no quieren rendir la dignidad de un partido a un éxito pasajero y están tan satisfechos de su actitud, que la molestia que pueda producirles el que se crea que tal actitud obedece a deseo de notoriedad, queda desvirtuada ante la consideración de que van en compañía de Costa y Nakens que no necesitan de exhibiciones demócratas-liberales para dejar bien asentado su patriotismo y su amor a la libertad y la república.

JULIO MAESTROARENA y
FELIX RUBIO MIRANDA

Enero de 1909.

Leo que los Papas se ponen un traje diferente cada día, adornados de piedras preciosas.

Que sus chinelas de terciopelo bordado son verdaderas maravillas por los dibujos, de piedras preciosas también.

Que sus guantes son más costosos todavía que sus chinelas, por hallarse adornadas de perlas finas, cuyos dibujos forman una cruz sobre cada mano.

De la gran mitra que se colocan en las grandes solemnidades, no hay que hablar, por saber todos que se halla materialmente cuajada de piedras preciosas.

Y que el anillo de San Pedro, el que besan los católicos con tanta devoción, vale un millón de pesetas.

Y después de leer eso, pienso en aquel que andaba a pie por Judea, con túnica en mediano uso y sandalias y la cabeza descubierta, en las interpretaciones, tergiversaciones y sofismas que ha sido necesario inventar para que puedan éstos pasar por representantes de aquél.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS — POR — R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en *EL MOTIN* se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaña del 25 por 100 a los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

Las Ordenes Militares

(3.º)

«Para facilitar la administración del territorio diseminado que corresponde a las Ordenes Militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, y para conservar unas instituciones que tantos servicios prestaron a la Iglesia, el gobernador español—dice Su Santidad—designará determinado número de poblaciones que formen *Cotos Redondos*, con el título de Priorato de las Ordenes Militares, cuyo Gran Maestre tendrá jurisdicción episcopal y el título de obispo in partibus.» (Concordato de 1851.)

Ahora bien; en virtud de este mandato pontificio, el Estado debió incautarse de los bienes designados que poseían dichas Ordenes. ¿Se incautó? ¿Vinieron a la tributación?

¿Qué poblaciones y fincas sueltas poseían las Ordenes? ¿Qué poblaciones les fueron entregadas en permuta? ¿Hubo justiprecio, o se hizo el cambio a ojo de buen cubero, entregándoles 100 por 1? Porque se dan casos.

Todo esto está entre nieblas. Y como todo privilegio ó prodigalidad del Estado redundan en perjuicio de tercero, se asegura que los diputados republicanos *solidarios*, que tan buenos servicios han prestado al Vaticano en la cuestión catalana, convirtiendo ahora Cataluña en *Coto de la Orden de Jesús* y luego en *Reino pontificio*, se asegura, repito, que correrán el velo en todo lo concerniente a los viejos cotos. Si así lo hacen, que Dios los premie, y si no se lo demande.

Pero es de temer, y ésta es la más negra, que lo hagan en catalán, ó en latín, y nos quedemos en ayunas. Y dicho lo dicho, volvamos a las antiguas Ordenes de caballería ó a caballo.

LA DE CALATRAVA

Reinaba en León (año 1158) D. Sancho III, ocupaba en propiedad la villa de Calatrava, debido a regias prodigalidades, la Orden de Templarios, Orden que tan brillante y limpia historia legó a la posteridad; tan limpia y tan brillante, que fué disuelta por el mismo Papa, como más tarde fué disuelta también la de Jesús; con la diferencia de que ésta volvió al seno de la Santa Madre Iglesia, siempre clemente con sus ovejas descarriadas, y aquella quedó proscripta por los siglos de los siglos. Tales fueron sus virtudes.

Pues bien; los caballeros templarios, confiando poco ó nada en la protección de la Cruz, y temiendo todo de la Medialuna, tomaron suelas y abandonaron la villa y al rebaño que la poblaba, diciendo a D. Sancho: «Poderoso rey católico; ahí queda eso, te lo regalamos. ¿Y qué tal sería el canguelo de los santos templarios, cuando regalaron al rey la villa con sus borregos y borregas? ¡Los frailes devolviendo sus rapiñas! ¡Es cuanto se puede decir!

Don Sancho, por su parte, no debió ver gran ventaja en el regalo, ni confiar mucho en la protección divina, y en vez de tomar posesión de Calatrava, publicó un decreto ofreciéndola en propiedad para sí y sucesores, a quien, ó quienes la librasen de las garras de los mahometanos; pero no hubo posar entre los hombres de armas.

Y entonces, los frailes de un convento de Fitero, que nada iban perdiendo en la empresa si salía mal, enviaron en comisión al rey a fray Raimundo Serra y a fray Diego Velázquez, quienes ofrecieron a D. Sancho, sobre juramento, que su Orden moriría por la Fe y por la Patria en defensa de Calatrava si se la cedía en propiedad. No admitió el rey la proposición de los religiosos de Fitero, escamado ya con los de El Templo; pero aquellos porfilaron y porfilaron, y como no parecía otro postor, el rey les cedió la plaza.

Y como es de rito pedir y pedir, pidieron permiso al monarca para fundar una Orden mixta de hombres de lanza y espada y de hombres de hisopo y rosario.

Aprobó el rey los estatutos de la nueva Orden en el mismo año 1158, y los confirmó Alejandro III en Septiembre de 1164.

No entraron por entonces hembras en la Orden, pero como toda vela necesita candelero, andando el tiempo fué la Orden triplemente mixta, pues llegó a componerse de individuos armados, de individuos desarmados y de inofensivas monjas.

Prueba toda esta tramitación: que el peligro tan temido por los templarios guerreros no era tan inmediato cuando abandonaron la plaza.

Posesionados los frailes de Fitero de la repetida villa, organizaron la Orden guerrera con el nombre de *Calatrava*, y se aprestaron a la más obstinada resistencia, seguros del triunfo de la Cruz sobre la Medialuna.

Pero hete aquí que los nuevos defensores y mixtos guerreros tienen noticia de que los mahometanos se dirigen hacia ellos, y sabiendo y decir: «¡Pies, para qué os quiero?—fué todo uno. Y dejando abandonada la plaza y el rebaño, como sus antecesores, se refugiaron en el castillo de Salvatierra, tomando este nombre y dejando el de Calatrava. Obraron en este caso lógicamente, pues no habiendo defendido a Calatrava, no tenían derecho al uso de tal nombre, y mucho menos a la propiedad de la villa. Debí, pues, disolverse la Orden.

Pero como Dios todo lo puede, y es de rito que donde el fraile ó fraila pone la planta allí brota su derecho, tres siglos y medio después fué demandado de los Reyes Católicos el cumplimiento de la oferta de Sancho III de León; oferta ó convenio que anulaban los mismos frailes de Fitero puesto que aban-

donaron la plaza en cuestión sin defenderla. El derecho estaba, pues, un tantico torcido; pero los Reyes Católicos bajaron la cabeza y lo admitieron como tal derecho.

Se componía la Orden al ser disuelta por Mendizábal en 1836, de
5 dignidades, con renta de rles. 339.015
55 comendadores, con..... 2.146.322
13 priores, con..... 158.070
5 conventos, con grandes fincas.

Profesa esta Orden la regla de San Benito, y tiene por misión hacer la guerra a los enemigos de Cristo. Pero hasta ahora, por motivos que ignoramos, no han defendido a Cristo como militares, cuyo nombre llevan, sino como frailes, pues no se han batido en colectividad, por falta de ocasión sin duda.

MERCURIO

Caridad cristiana

—Muy contento está usted, D. Dimas.

—Mucho; como que acabo de realizar tres buenas acciones.

—¿Tres nada menos?

—Tres. Salía de la iglesia con el alma fortalecida por el propósito de hacer el bien, cuando en el atrio vi una pobre mujer que lloraba sin consuelo abrazando y besando a una criaturita pálida y canija. Le pregunté la causa de tanto duelo, y me respondió que aquel hijo suyo se moría si no le suministraba un específico ó receta que costaba ocho reales, y que ella no tenía un céntimo; eché mano al bolsillo, di un duro a la infeliz mujer y esperé la vuelta, que me trajo en seguida al atrio de la iglesia; tres hermosas y buenas pesetas que me guardé. Y aquí me tiene usted contento de mí mismo y satisfecho de mi piedad.

—Bien, pero ¿y las otras dos buenas acciones?

—¡Qué torpe es usted! Primera, haber salvado la vida a un pequeño; segunda, haber secado las lágrimas de una pobre madre sin consuelo; y tercera, haber pasado un duro falso, que no querían en ninguna parte.

POBRECITOS!

No sé cómo podían vivir.

Después de tanto como se ha hablado, he aquí lo único que ha podido entregar el arzobispado de Sens (Francia) al poder civil.

	Francos.
Capital en papel al curso de 96 francos.	3.112.595
Inmuebles.	586.995
Sumas disponibles.	30.570
Total.	3.730.160

Cuando pienso en las cosas irregulares que los pobres curas del arzobispado de Sens habrán tenido que hacer para reunir esa miseria, me arrepiento de haber dicho que en todas partes los clérigos explotan a sus feligreses sin reparar en medios.

Únicamente me consuela algún tanto el pensar que los infelices habrán sabido sustraer a la codicia del impío gobierno francés doble ó triple cantidad de la que han entregado.

Y yo los aplaudo. Cuando se trata del servicio de Dios y del bienestar de sus representantes, hasta las acciones menos recomendables quedan santificadas.

Caridad de á céntimo

He aquí la forma en que da cuenta una madre de la conducta de las beatonas del Ferrol con ella:

«Por no recibir recursos de mi marido, que se encuentra en Buenos Aires ganando el pan para sus hijos que esta pobre España le niega, y que con seguridad debe estar enfermo en vista de que no tengo noticias suyas, me encontraba en la mayor miseria con tres criaturas y próxima a dar á luz.

Debo manifestar que mi marido es conocido en el Ferrol por un hombre de ideas avanzadas y, por lo tanto, que mis hijas están sin bautizar, por ser esa la voluntad del padre y de la madre.

Enteradas ciertas señoras de esas que pertenecen a sociedades religiosas, ó mejor dicho, de esas que se valen de la miseria para comprar por un pedazo de pan las conciencias de las personas necesitadas, de que me encontraba en la mayor miseria, se presentaron en mi casa y me apuntaron en la hermandad de San Vicente de Paul. Creerán ustedes que venían por caridad y porque tenían compasión de tres criaturas que no tenían que comer? ¡Cál! Venían porque estaban en duda de si las niñas estaban bautizadas, y si no lo estaban obligarme a llevarlas a bautizar; para eso me daban una peseta; para mantenerlas toda la semana.»

Habla á continuación, de que al tener la cuarta criatura y disculpase para retardar el bautizo, se quitaron la careta las beatas caritativas, y le dijeron:

«Sabemos que su marido es hombre de ideas revolucionarias y que las niñas están sin bautizar, de manera que le damos á escoger: si bautiza las niñas, nosotros la socorremos; si no las bautiza, se morirá usted y ellas de hambre porque ni nosotras ni nadie en Ferrol le dará un pedazo de pan.»

«Ellas creyeron—continúa la madre de las niñas—que yo ante la amenaza iba á sucumbir; pero no saben que antes de faltar á lo más sagrado para mi marido, que son las ideas, primero me suicido. ¿No comprenden ellas que el bautizar las hijas sería tanto como perder para siempre á mi marido, dado lo arraigadas que tiene sus ideas? Están guiadas por curas y frailes y no pueden tener ideas ni buenos sentimientos.»

Después dice que, enterados de lo que le ocurría varios jóvenes pertenecientes á la Juventud Republicana, se apresuraron á ponerlo en conocimiento de la Sociedad, para que ésta, de sus fondos, me socorriera con alguna cosa, habiéndolo hecho con diez pesetas; además, se nombró una comisión de su seno para que se encargara de hacer una suscripción semanalmente entre todos los hombres de sentimientos de Ferrol para no dejar morir de hambre á cuatro criaturas por el hecho de no estar bautizadas, habiendo recaudado la semana pasada—que fué la primera—cincuenta y tres pesetas, de las que me entregaron quince con objeto de ir dándome igual cantidad todas las semanas.»

Aquí todos han estado en su terreno; las beatas tratando de violentar la conciencia de una madre por *diecisiete céntimos diarios*; la madre renunciando á ellos por no traicionar las ideas de su marido, ¡qué pocas mujeres hay de éstas! y los jóvenes republicanos acudiendo solícitos en auxilio de aquella familia hambrienta.

Pasemos, por lo tanto, á otro asunto.

El arzobispo de Guadalajara (Méjico) ha excomulgado á D. José Cuervo por haberse empeñado en cobrar 27.000 duros de una letra, embargando al efecto la casa que ocupan las monjas capuchinas.

Y ha hecho bien el arzobispo; ¡vaya un respeto que guarda á la Iglesia ese señor Cuervo!

Ni á la Iglesia, ni al padre nuestro siquiera. ¿No se dice en él, así como nosotros perdónamos á nuestros deudores?

Todavía, si hubiera sido una deuda sagrada, (procedente de la aplicación de sacramentos, ponga por caso), santo y bueno que la hubiese cobrado; ¿pero profana? ¿Y representada por una letra, invención de judíos?...

Lo dicho; ha hecho perfectísimamente ese arzobispo excomulgándole.

Así escarmentarán otros de su laya.

Contra la industria

Sabido es que el convento de monjas trinitarias que hay en la calle de Martín de los Heros, está convertido en centro de fabricaciones. Allí se hace de todo, y de todo se surte á la distinguida parroquia que favorece á las monjitas.

Tienen una fábrica de lavado y planchado montada á la alta escuela, talleres de confección, vaquería, jabonería, y abarcan, en fin, casi todos los ramos de la industria y el comercio, estando exceptuadas de cuantos tributos y gabelas cargan sobre los contribuyentes el Estado y el Municipio.

Las asiladas llevan el peso de todos los trabajos y comen judías y lentejas á más no poder, mientras las monjas se satisfacen con un triste cocido y otros platos en que abunda el tercer enemigo del alma.

Tienen un despacho de jabón en la calle del Marqués de Urquijo, por más señas, y parroquianos tan espléndidos como cierto personaje titulado, habitante en la Puerta del Sol, que en la Natividad pasada sustituyó el almohadoncillo donde se sienta el niño Jesús con un paquete de billetes de Banco.

¿Que todo esto va contra la industria y el comercio en general? Sí. Pero ¿quién tiene la culpa? Los perjudicados que lo toleran y no arrojan, como el camello, la carga cuando es excesiva. Algunas veces los animales dan lecciones á ciertos individuos de la especie humana, y éstos no la aprenden.

CUESTIÓN DE DERECHO

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y amigo: La ley de Enjuiciamiento Civil, en su artículo 411, impone sabia y equitativamente la caducidad de la instancia á los cuatro años de paralizado un pleito ó asunto, aun de menores é incapaces; al punto, que impone al secretario la obligación de dar cuenta al juez cumplido el plazo, para acordarla de oficio.

Los Tribunales Eclesiásticos se valen de esa ley como supletoria en cuanto les aprovecha, pero piadosamente se oponen á la caducidad, no la admiten, considerando más cristiano y beneficioso que al que le den el alto con una demanda, por ejemplo, de divorcio, y no se permite por no quedar enuevados y enfermar, esté á perpetuidad sub-judice atenuado por ambas cuevas (ventajas del matrimonio canónico), la Eclesiástica y la

Ordinaria, que esta segunda actúa airoosamente de auxiliar para los efectos del mayor martirio: los alimentos, depósitos, litis-expensas y demás atracos que trae consigo la mollar admisión de la demanda á que tan propicio se halla siempre el Eclesiástico, contraviniendo las reiteradas recomendaciones de su derecho y textos que reclaman la paz, pero se resiente la congrua; y el juez ordinario, no menos vivo, apoya subyugado y con idéntica mira el desbalijo, y, parodiándolo, se parapeta con aquél.

Conozco un caso que tuvo lugar en Febrero del 99, y colea aún, en Valencia, en que la prueba de cargo en la inquisitorial información que precede á las demandas de divorcio (que huelga, porque todas se admiten), consistió en las declaraciones de dos testigos que lo eran la alcahueta y la madre del amante, ésta demandadera de la casa, y la primera criada, de lo que el fiscal eclesiástico fué advertido; y á pesar de ello y destruirla los dos de descargo—que no hubo más que los cuatro—se admitió sin acompañar siquiera la irremisible partida del suicidio ó matrimonio.

Si maltratarla, como presenciaron los dos testigos de descargo, lanzó á la calle el marido á la adúltera cerciorado de su perfidia, y le lleva costado 5.000 duros y la salud esta honrosa determinación. Para más detalles Millán Astray que se halló allí.

No cabe más edificante y moral forma de interpretar las leyes, y bien digna es de difundirse la doctrina para que se enteren las hembras y se esiquen en sus maridos y anden sueltas á su albedrío mantenidas por ellos.

Se le presenta á usted ocasión, mi amigo D. José, para atraérselas, explicándole la fórmula: ganarse dos testigos, solicitar el depósito y alimentos; para cimentarlos presentar demanda por sevicia y no pasar de ese primer trámite, en la seguridad que no hay marido bobo que se presente y acuda al llamamiento judicial, sabiendo que ampararse en los Tribunales asistido de Justicia, equivale á veces á descogarse por el Tajo de Ronda.

Este asunto entiendo que debería ir al Congreso y satisfacer á su afectísimo que le interesa y da gracias, reiterándose su servidor q. s. m. b.

RICARDO L. DE VINUESA

exmagistrado de territorial.

Málaga 23 Diciembre de 1908.

La función de no recuerdo qué santo se celebra con un banquete en Villameá.

El cura de Santa María y su ama la señora Emilia formaban parte de la concurrenola.

Sirven un guisado de pulpo, y el ministro del Señor exclama:

«Emilia no puede comer hoy pulpo ni picante.»

¡Oh santa ingenuidad de los varones castos! Tú revelastes las intimidades que existen entre la señora Emilia y su presbítero.

Los comensales se miraron y sonrieron maliciosamente. La incógnita quedaba despejada. Entre la santa pareja no había secretos de ninguna clase.

Y siguieron devorando aquello que no podía comer la señora Emilia.

Estas escenas patriarcales son conmovedoras.

DESDE BARCELONA

Sr. D. José Nakens.

Muy distinguido señor mío y correligionario: Vengo leyendo EL MOTIN desde su reaparición, que he visto con sumo gusto.

Un viejo luchador como usted debe morir al pie de la trinchera, batallando á pecho descubierto para predicar con el ejemplo á tanto viejo egoísta y rastrero, y á tanto joven intelectual (no hablo de la juventud imbécil que constituye la inmensa mayoría), que con la cabeza llena de idealismos abstractos y teorías novísimas, no tiene, sin embargo, temple, ni energías, ni corazón, ni alma para encarnar sus ideas en la realidad práctica é imperfecta de la vida que nos rodea, y para decidirse á tomar y unear al trabajo á las inmensas energías colectivas representadas por la mayoría de la masa social que vegeta en la esclavitud y en el embrutecimiento.

Era necesaria, absolutamente necesaria, la reaparición de EL MOTIN. El ha sido constantemente un ariete contra el clericalismo; y hoy que la teocracia, con su influjo nefasto en la sociedad española, invade los fueros de la sagrada conciencia individual, era preciso que se levantara una voz viril y vibrante que llamara á todos los liberales á la defensa de sus convicciones y de sus fueros personales, peleando en todas las formas que los que tienen conciencia de su dignidad de hombres pueden y deben emplear contra la influencia venenosa del altar, del clericalismo, de la fraileocracia ó del vaticanismo católico, llámese como se quiera á la lepra teocrática.

Y, ciertamente, hay que aprestarse á la lucha, porque olvidando la mayoría de los liberales españoles sus deberes primordiales (singularmente estos que ahora predicaban la formación de un bloque para oponerle á la invasión de la riada clerical que ellos han sido los primeros en desatar y en acrecentar, por la total abdicación de sus deberes de ciudadanía y de laicismo, sometiendo y doblando el espinazo á la influencia clerical de la monarquía), hemos dejado franco el paso

á ese monstruo jesuítico que con sus inmensos tentáculos acabará por dominar el suelo hispano para deshonra de una generación escéptica, decadente y afeminada, sin energías mentales, sin orientación positiva en la vida y sin rebeldías santas en el espíritu para luchar contra la tiranía extranjera impuesta por Roma á esta misera nación.

La generación actual es indigna sucesora de la que luchó valientemente en las barricadas para ganar las pocas libertades que disfrutamos (sin merecerlas, porque nos las dejamos en todo momento mixtificar y robar por el primer advenedizo con agallas como este Joao Franco español), y que no sabemos defender ni utilizar en la vida para vivir como hombres civilizados y libres.

¡Cuán pocos de los hombres de hoy habrán conquistado en el curso de su vida el derecho de mirar cara á cara á sus hijos cuando sean hombres, según frase feliz del gran revolucionario Ibsen!

Admiro en usted el tesón con que combate esta podredumbre clerical, así como la confianza y la fe que demuestran sus vibrantes artículos en el resurgimiento de la heroica raza hispana, raza de héroes antaño, y hoy convertida en raza de hipócritas y ajesuitados, femeniles y cobardes, castrados por la influencia de la educación jesuítica más solapada, que ha empezado por entenebrecer las inteligencias, llenándolas de patrañas, errores, mogigaterías y fanatismos.

El clericalismo y la teocracia, con sus miras de dominación para llegar á apoderarse de las clases directoras de la sociedad española, han empezado por manejar y dominar las mujeres, los niños y los viejos, seres débiles é incompletos, á los que han sujetado fácilmente por medio de las sugestiones estúpidas que sobre ellos ha ejercido el temor de un Dios mentira, al que sus explotadores cuidan de pintar con los colores más negros y tetricos, convirtiéndolo en una especie de monstruo Barba Azul que da castigos en la obra vida á todos los que no quieren someterse al yugo clerical en esta. ¡Cuánta granjería y cuánta imbecilidad!

Hay que escupir, verdaderamente, sobre el clericalismo, empezando por tener la cabeza bastante fuerte para convencerse, firmemente, por propio criterio, de que todas sus artimañas son perversas, y de que sus fundamentos son la falsedad y el error, llegando á tener la evidencia absoluta de que ese Dios tiránico, que tanto temor quieren que cause á los demás hombres, es un fantasma absurdo, sin realidad positiva, puesto que si todos los fundamentos y deducciones racionales no lo demostraran bastante, lo demostrarían sus propios ministros, ya que dicho monstruo contribuye muy poco al arreglo y ordenación de su propia conducta, escandalosamente inmoral en todos los tiempos y hoy más que nunca.

Sólo haciéndolo así, es decir, sólo despreciando por convicción hondísima los fundamentos y raíces del clericalismo y de las religiones positivas todas, tendremos arranques varoniles y energías de alma para expulsar y barrer de España toda la canalla jesuítica que la embrutece, tiraniza y degrada.

Hombres progresivos de España, desde los liberales con convicciones, hasta los anarquistas, pasando por los republicanos y socialistas, esto es, hombres de la izquierda, depongamos nuestras divisiones teóricas y de doctrina, porque hoy no se trata de discutir abstracciones, sino de hacer, de obrar intensamente en una acción organizada y libre de confusiones, que conduzca á la derrota definitiva de la tiranía clerical que está apoderándose arteramente de todas las fuerzas de la sociedad, y sobre todo del porvenir de nuestra patria á la que no espera más que ruina y deshonra.

Seamos sinceros y abnegados hasta por egoísmo, y organizando la hueste liberal española con gran cuidado y estabilidad, condiciones requeridas por la obra persistente y larga que importa acometer, arrememos todos el hombro á la obra, sin reservas mentales, ni hipocresías, ni egoísmos bastardos, sino con la sinceridad de los hombres convencidos de que su acción es transcendental; y no os quepa la menor duda de que, si seguimos con persistencia en nuestra orientación positiva de defensa propia, de afirmación de nuestras libertades individuales y de lucha contra el clericalismo y sus fundamentos, acabaremos con esta plaga social ya sólo subsistente en España, desventurado país convertido hoy en el esterco de á donde vienen á parar los detritus de toda Europa.

UN CATALÁN,
radical y antisolidario
Barcelona, Diciembre 1908

Instantánea

Cual brizna de hierba seca, fluctúa mi voluntad impulsada por las circunstancias, dejándose llevar de ellas ya al Sur, ya al Septentrion, ora al Este ó al Oeste. Por esto unas veces creo y otras no creo.

Creo en la fe religiosa española y en la caridad española, cuando leyendo en el periódico que tengo á la derecha la descripción que del templo del Pilar hace un romero con gabán de pieles, que ha visitado á Zaragoza, veo á través de la distancia, llevada mi imaginación en alas de la retórica del rico devoto, á la imagen de la Virgen, fría, inerte, insensible, cubierta de ricas jo-

yas, con el manto empedrado de zafiros, de rubies, de esmeraldas, de perlas, de diamantes que constituyen riquísimo tesoro donado á la imagen por almas piadosas...

Y no creo ni en la fe religiosa española, ni en la caridad española, cuando en el periódico de la izquierda leo noticias espeluznantes como estas:

En el asilo de X los asilados perecen de hambre y de frío; en la casa cuna de Z. los niños agonizan por falta de amas de cría, que se niegan á prestar sus servicios porque no las abonan mensualidades atrasadas; en Madrid ha muerto un hombre de hambre, etcétera, etc.

Y menos creo cuando veo pasar por la calle niños medio desnudos, escuálidos, tirando, y mujeres demacradas, cubiertas de harapos, y hombres que mendigan trabajo, y bandadas de infelices que vagan de acá para allá, locos de angustia, chapoteando con los pies descalzos el lodo de los caminos, buscando lo que no encuentran, hambrientos de pan y de justicia...

Entonces dirijo mis ojos al cielo diciéndole: ¡Señor, Señor, para qué viniste al mundo! Y sobre todo, ¿para qué te dejastes crucificar?

IGNACIO R. ABARRÁTEGUI

Unión, de Florencia, ha llevado á los tribunales á L'Unità Cattolica de la misma población. Los dos periódicos son rabiosamente clericales y ferocemente religiosos.

La religión obra en todas partes los mismos efectos; despertar el odio entre los que la explotan.

El Correo Español, El Universo y El Siglo Futuro se odian entre sí mucho más que odian á los liberales.

Hermanos que todos quieren ser Caínes, y realmente lo son, aunque con los miramientos que hay que guardar con el prójimo en una nación semi civilizada donde hay Código Penal, jueces que lo aplican y Guardia civil que les proporcionan parroquianos.

Que pusieran á cada uno de esos periódicos frente á frente armado con la quijada de un tocayo en un país salvaje donde nada de eso hubiera, y solamente resultaría Abel aquel que se descuidara en dar el golpe.

Moralidad á todo pasto

Cupletistas, camareras y criadas están en desgracia. En Vigo, el gobernador civil se opone á que en cafés y cervotecas hermosas mujeres luzcan su voz y sus formas y hagan la vida más amable á la concurrencia. En Pamplona, damas devotísimas y clérigos muy piadosos persiguen y tratan de convencer á las criadas de las familias liberales que leen la «mala» Prensa. En Bilbao otro gobernador, también celoso de la moralidad pública, prohíbe la representación de obras que juzga licenciosas, multa á las tiples y ejerce una fiscalía severa sobre todo lo que tiene carácter de fiesta ó divertimento. En Badajoz, un periódico pide al ministro de la Gobernación que secuestre la edición de la última novela de Felipe Trigo, en nombre de la moral, de la decencia y de la higiene... Y por las 49 provincias españolas parece derramarse un chorro de aire, fresco y saludable, de ingenua pudibundez, no exenta de encantos y poesía.

El Poder civil y el religioso, ó el Poder religioso y el civil—que los autores no están de acuerdo aún en cuál de ellos ha de verse la supremacía—van del brazo en la loable tarea de moralizar cupletistas, camareras y criadas y rejuvenecer los bellos días anteriores al primer pecado. A lo que parece, la golosa Eva tiene toda la culpa de que haya cupletistas que inciten al pecado; robustas y agraciadas camareras, de formas movilizadas, que son un halago al olvido de adustas preceptuaciones, y escritores famosos que hacen recordar frutas más modernas que las bíblicas y cuyas obras son una invitación perentoria á la reforma de algunas máximas que, afortunadamente, se leen, se aprenden y no se practican, tal vez por imposiciones inexorables de la ley de reclutamiento. La moralidad y la pudibundez se han dejado para los cafés, para los escenarios y para el uso exclusivo de las criadas en sus relaciones con el público. Los rigidos misioneros de la decencia á ultranza, que deben saber por experiencia el poder misterioso que ejercen las cupletistas, las camareras y las criadas sobre los concurrentes al café, al teatro, y los hombres que, además de leer la «mala» Prensa, son varones, han dispuesto que gubernativamente se declare la inocencia nacional, y en prohibir cuplés, negarle el derecho de exhibición á las mujeres bien formadas y perseguir domésticas ponen toda la decencia, todo el pudor y toda la pureza.

Es preciso que todo el mundo sea muy moral, y eso se alcanza solamente suprimiendo algunos cantares pornográficos, declarando de real orden que las camareras son nocivas á la salud del espíritu y licenciando á las «pobres chicas» que sirven en las casas de familias liberales. La honestidad no exige más que esta agradable veladura, el poético pudor de las apariencias, ya que es lo único que se ve, para que la inocencia se generalice entre los mortales y no se sientan las incitaciones de bailes y de cantos y de exuberantes formas movilizadas.

Y, tal vez por eso, los gobernadores, comisionistas con patente de la decencia, avivan su celo y aguzan los sentidos para arruinar la única industria á que pueden dedicarse en España las mujeres bonitas, graciosas y bien formadas que no posean rentas, que no cuenten con la «protección de un caballero» ó no hayan tenido la fortuna de nacer sobriñas de un clérigo respetable.

GUSTAVO

EL AMOR Á TIROS

Yo creo que algunos se han figurado que las novias están ahí para que las mate el primero que llegue.

Por la más mínima cosa, unos celos, un desaire, una pequeñez, ya la tenemos armada. A matar á la pobre novia como quien se bebe un vaso de agua.

Se está poniendo este asunto de manera que no va á haber quien quiera ser novia ni aunque la hagan pedazos. Primero perro de aguas ó caballo de alquiler.

Antes era precisamente lo contrario. No había nadie más agasajado que las novias. Flores por la mañana, pipopos al medio día, miradas incendiarias por la tarde y frases entrecortadas de puro amor por la noche.

No digo nada si el adorador era de pura raza de obsequiadores. ¡Ah! entonces venían las serenatas al pie de la reja, los versos preciosos con aquello de soles, estrellas y auroras boreales.

Las chicas, era natural, se pirraban por tener novio, y las que no lo tenían lo buscaban como aguja en un pajar. No se concebía la existencia á los quince años sin el correspondiente novio más ó menos almidado y fino.

De repente, las cosas cambian de color. El amor se convierte en una especie de tifus fronterizo de la muerte.

Los donceles, ayer melifluos como la miel, se convierten en ogros furibundos y sanguinarios. Lejos de emplear el laud sonoro, se proveen del puñal ó el revolver exterminadores.

Las muchachas tienen que estar con el alma en un hilo preguntándose á cada paso: «¿Habré incurrido en el enojo de Alfredo y hará correr mi sangre inocente? ¿Qué me traerá hoy mi adorado tormento, un ramo de flores ó un mauser con bala cónica y penetrante?»

La figura del antes encantador novio se aparece como un Nerón ó un Scarpi, ensañando continuamente el mango del cuchillo vengador.

Francamente, se va necesitando más valor personal para sostener relaciones amorosas que para atravesar los Alpes en globo

Algunos pensadores sospechan vehementemente que los matadores de novias son los mismos que antes pasaban por cerato simple, merengues de fresa ó naranjas de la China.

Esos han visto fácil la subida á la celebridad por el camino de la matanza femenina, y, con la ayuda de cuatro copas de alcohol, conquistan una aureola roja con la que nunca pudieron soñar.

Añaden esos pensadores que ahora estamos en el primer momento de estupor, pero una vez que pase y las mujeres se den cuenta de la calidad de sus verdugos, los echarán de casa á puntapié limpio ó los tirarán por el balcón en la plena seguridad de que llorarán apenas vean una cara seria.

Mientras este día cercano llega, no hay más remedio que leer frecuentemente la gaceta consabida:

Novio que mata á su novia.

X X X

Un cacique ladrón

En la cárcel de Lourdes se encuentra detenido un ladrón español, á quien se sorprendió robando en un hotel alhajas y dinero; y á este grandísimo truhán tenemos todos la obligación de agradecerle que lo sea. Este pillastre, al caer en el garlito, puede cambiar la faz de la política española. ¿Sabéis lo que era hasta hoy?

Pues era un hombre respetable, adinerado, cuarentón, parlanchín y devoto, amigo de ediles, de gobernadores, de diputados provinciales granadinos; era cacique máximo del pueblo de Ferreira, en la provincia de Granada.

Allí, en Ferreira, ante su gesto soberano, ante su voluntad todopoderosa, temblaba el juez municipal, se le ponía la carne de gallina al dómene, se quitaba el párroco su solideo mugriento y volvía aprisa grupos el recaudador de contribuciones, cuando el burro en que iba sentía en sus ancas la formidable estaca del señor feudal á la entrada del pueblo.

De tarde en tarde, D. Manuel salía de la localidad á hacer un breve viaje. Pero el viaje era largo. D. Manuel andaba por tierras de Francia. La villa granadina tomaba respiro, al llegar cada ausencia para seguir sufriendo á D. Manuel. Ya no sufrirá. No volverá el cacique. Cuando le creían todos sus paisanos rezando en Lourdes ante la gruta de Nuestra Señora, el cacique, sin salir del hotel, iba de cuarto en cuarto desceñando baules, cogiendo billetes y arañando alhajas. Eso lo había hecho ya en Marsella; lo había hecho en muchos sitios. De vez en vez, la policía echaba el guante á nuestro héroe; nuestro héroe daba el nombre de cualquier amigo, cumplía un arresto y tornaba á Ferreira; al regresar, le salía á recibir la música del pueblo.

Ahora no ha habido escape. Estrechado á preguntas, D. Manuel ha dicho nombres y apellidos; le ha retratado con la chaqueta á cuadros que tanta admiración causó en Ferreira cuando D. Manuel la llevó de París; ha ido á Ferreira la fotografía, y el pueblo entero, como un solo hombre, ha podido al verla decir por fin:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

En vista de este desenlace, cuya secuela única (aparte de los años de estaribet que le echen al cacique), es probar que cacique quiere decir lo mismo que ladrón, propongo yo que en el proyecto de Administración local se introduzca este artículo:

«En las localidades donde haya personas de las generalmente designadas con el nombre común de caciques, los Ayuntamientos votarán un crédito para pagarles un viaje á Lourdes (Francia). En caso de que vuelvan, se les costeará otro; y así se seguirá verificando, hasta que durante una de estas excursiones llegue de Lourdes una fotografía en que estén los caciques con chaqueta de cuadros.»

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

Se retiraban á su casa después del trabajo tres obreros en Roma.

Uno de ellos sintió necesidad perentoria de hacer aguas menores y se arrojó á las tapias de un convento. Lo vió un fraile, y caritativa y cristianamente le roció con agua... hirviendo

Los colegas del lesionado saltaron la ventana y propinaron al hermano una buena paliza. Menos mal.

HUMORISMO
ANTICLERICAL
POR
JOSÉ NAKENS

Precio, 3 pesetas.

A los suscriptores de EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras y sellos de Correos.

Actos civiles

Aunque lentamente, van entrando en algunos pueblos de escaso vecindario.

El día 28 fué enterrado civilmente en Villamañán D. Primitivo Alvarez, licenciado en farmacia y hombre convencido que prescindió en todos los actos de su vida de la intervención de la Iglesia. El pueblo en masa asistió al entierro.

Doy el pésame á su señora viuda por la pérdida, pero á la vez la felicito por haber tenido la suerte de vivir al lado de un hombre honrado, firme y sincero.

Bibliografía

«Libros populares» de la Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia

Las amistades peligrosas por Ch. de Laclós.

Difícil es por medio de cartas hacer un estudio psicológico de varios personajes que caracterizan una época, con sus virtudes y sus defectos, pero Laclós, gran conocedor del corazón humano, y más aún de las costumbres de ciertas clases de la sociedad en que vivía, hizo una primorosa obra, que puede colocarse sin inconveniente al lado de las de los clásicos.

El fango, por Guerin Giniaty

Hasta donde puede llegar la perversión moral de una mujer dominada por el ardor erótico es el tema de este libro, que desde sus primeras páginas despierta el interés del lector, interés que no decae un momento en todo el curso de la obra. El fango es un libro escrito con gran alevamiento, y que más de una vez nos recuerda L'Assommoir, del inmortal Zola.

Se acabó el amor, comedia satírica en cuatro actos, por Roberto Bracco.—Una quiebra, drama en cuatro actos, por B. Björnson. Estas dos obras forman un solo tomo. El nombre de sus autores nos releva de hacer el elogio de estas obras, pues la fama de Bracco y de Björnson es mundial.

Estos libros se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

SECCIÓN AMENA

LA CONCEPCIÓN

Las monjitas, con rostros animados, de expresión seráfica, devoraban mansamente las últimas migajas de la comida.

El sabroso guisado las dejó algo llenas; sentíanse un poco incómodas por los primeros esfuerzos de la digestión; sus sonrosados carrillos se hinchaban repentinamente, y las melindrosas madres se apresuraban a ponerse la blanca mano delante de la boca, murmurándose unas á otras por lo bajo: — ¡Buen provechito, hermana!

La superiora, rebosando satisfacción por los poros de su cuerpo arrogante, las cubría á todas con una mirada amorosa, casi maternal. En el refectorio, de nítidas paredes, de escrupulosa limpieza, se respiraba una paz, una sencillez encantadoras.

De repente, la hermana Concepción se puso muy pálida, se llevó las manos al cuello y cayó desmayada sobre la compañera de al lado. Se produjo una enorme confusión, cual si un lobo feroz hubiera penetrado en aquel redil de inocentes corderas. Unas chillaban; otras corrían con vasos de agua, éstas desabrochaban á la enferma, aquéllas la hacían aire.

Sor Concepción volvió en sí y devolvió el guisado.

— ¿Cómo se encuentra, hermana? — preguntó solícita la superiora.

— ¡Mal! siento angustia, me duele aquí y aquí, en todo el cuerpo, — respondió la infeliz con voz llorosa.

— ¡Sí, tiene muy mala cara; se ha quedado como el papel!

— ¡A la cama, á la cama!

Las más torzudas cogieron á Sor Concepción y la acostaron.

— Que tome una taza de té; eso la arreglará el estómago.

— No adivino qué puede haberla sentado mal; el guisado no tenía nada dañoso.

— ¡Cá, estaba riquísimo. ¡El Señor nos lo aumentó! — exclamó una monja metida en carnes y de piel lustrosa.

— ¡Hermana, hermana! Le tengo dicho que la gula es un feo pecado que debe evitar — reprendió suavemente la superiora.

La hermana Concepción, asomando su pálido rostro por entre las sábanas del lecho, suspiraba dulcemente.

— ¡Vamos á ver, hija mía! — dijo la abadesa con cariño; — ¿ha sentido usted algo antes de hoy?

— ¡Sí; hace días que me dan mareos, no digiero bien, me encuentro débil; pero no había querido decir nada porque no se asustasen.

— ¡Ángel de Dios! ¡Es una paloma! De todos modos hay que llamar al médico, no sea que por un descuido agravemos el mal.

Inmediatamente fueron á buscar al doctor Serafín Angélico.

Todas las monjas estaban consternadas, y con sobrado motivo. Sor Concepción era la perla del convento; modelo de humildad, devoción, laboriosidad, verdadero estuche de primores, ella constituía el legítimo orgullo de la Santa Casa, y con su ejemplo ha-

bía arrastrado á muchas hijas de acaudaladas familias á consagrar su virginal existencia al Divino Esposo. Excusado es decir que las dotes habían sido dignos de tal Señor.

— Con que estamos malita, ¿eh? — gritó jovialmente el doctor Angélico al entrar en la alcoba.

Era el médico de pequeña estatura, de cuerpo rechoncho; sus carnosas mejillas casi le cubrían los ojillos maliciosos, que se asomaban detrás de las gafas; una sonrisa socarrona contraía eternamente sus labios, dejando ver la descaballada y no muy limpia dentadura. Llevaba un traje color de panza de burro, y un chaleco blanco hacía resaltar su respetable barriga, sobre la cual jugueteaba una gruesa cadena, pendiente de bolsillo á bolsillo.

Entró muy sofocado, con el quitasol gris bajo un brazo, y pasándose un enorme pañuelo por la lustrosa calva.

— Veamos, veamos qué tripa se le ha roto á la enferma.

— No creo que se le haya roto ninguna; pero ¡nos ha dado un susto!

La abadesa le refirió todo, sin olvidar un detalle.

— ¡Je, je! Un inocente cólico; me parece que por esta vez no nos morimos — dijo el doctor acercándose á la cama.

— A ver esa lengua, hija mía. ¡Pse! un poquito sucia está; nos purgaremos. Ahora el pulso... ¡caramba! muy flojo lo encuentro...; no, calentura no tiene; un poco destemplada, pero nada más. ¿Siente usted algún dolor?

— ¡Sí, de cuando en cuando me duele aquí mucho.

— ¿En el vientre? Serán retortijones.

— No, no, es un dolor distinto.

— Permítame usted que le palpe; los médicos de mi edad ya no son hombres.

En efecto, la palpó é hizo un gesto de extrañeza.

— ¡Canastos! esto es más grave de lo que yo suponía; tiene el v entre hinchado.

— ¡Ay Dios mío! ¡Doctor, no me asuste usted! — exclamó la abadesa á punto de llorar.

El doctor Angélico acercó el oído al vientre de la monja.

— ¿Qué se oye, qué se oye?

Al cabo de un rato levantó la cabeza; la placidez de su rostro había reaparecido.

— ¡Ajá! ya sé lo que tiene.

La hermana Concepción se puso livida, casi verde. Mientras dos monjas arreglaban las ropas del lecho, el médico se retiró á un rincón con la superiora.

— Por Dios, sáqueme usted de dudas, ¿es cosa de cuidado?

— ¡Sí, señora, de bastante cuidado; pero no se asuste; de esto hay mucho.

— Pero ¿qué es lo que tiene?

— Aunque le diga á usted el nombre técnico no se enterará. Es una enfermedad peligrosa, no debo ocultarlo; produce muchas víctimas.

— ¿Y es larga?

— ¡Sí, muy larga; suele durar seis, siete, bastantes meses.

— Un año; acabe usted.

— No, no llega.

— Hable con franqueza, doctor; ¿creo usted que se salvará?

— De eso debe usted estar mejor enterada que yo.

— No me refiero á la salvación eterna. Pero ¡ay! me parece que me está usted engañando. Por el Dulce Nombre de María, por el Sagrado Corazón de Jesús, dígame la verdad, por dolorosa que sea; el valor no me falta. Para esta enfermedad, ¿hay cura?

El doctor Angélico, sonriendo diabólicamente, repuso:

— Hay cura, sí señora, hay cura... de por medio.

EL PADRE RAFAEL

Sección de astronomía

Era en el verano, tiempo en que se abren de par en par los conventos desparramándose los frailes que más se distinguen en el arte de pedir. Claro es que apenas ponen los pies en la calle, echan la visual al Labrador más acomodado para llenar opíparamente el decímetro cúbico.

Entre los que salían en aquella época, que no es remota, había uno que á la legua indicaba su glotonería; bastaba ver lo lustroso de su cara y lo voluminoso de su vientre.

Nuestro buen fraile, al hacer el recorrido por las huertas de Orihuela, tenía puesto el gusto para comer en la casa de un Labrador acomodado, y siempre llegaba á la casa un cuarto de hora antes de empezar la comida.

Cansado el Labrador de tener á su mesa aquella figura en forma de tonel humano, ordenó variar las horas de la comida, pero nada logró; el ladino fraile llegaba invariablemente antes de comer.

Revolvía el Labrador en su magín la manera de quitárselo de encima, aunque sin dar con el medio, cuando héte aquí que un día lo ve entrar media hora antes que tenía por costumbre. A fuer de bien educado y por no dar un disgusto á su esposa, con más paciencia que Job hizo que ataran los mozos las caballerías, interin el páter se sentaba en la puerta de su casa á la sombra de dos robustos olmos. Entablada conversación, hablóse de astronomía.

— ¡Sí, señor, — dijo el padre; si desde el Sol tiraran una bala de cañón, con velocidad constante tardaría en llegar á nosotros seis años, tres meses y ocho días.

El Labrador, que vio la ocasión de soltarle una indirecta, replicó:

— Conforme; pero yo puedo asegurarle á usted, que si desde dicho astro tiraran á las once y cincuenta y cinco minutos un fraile, á las doce en punto estaría sentado á mi mesa... si es que á esa hora se comía.

Cabizbajo y mohino, comió el fraile aquel día; mas, según cuentan las gacetas de la

Vega, no volvió más por aquellos parajes; si bien yo tengo mis dudas de que su vergüenza llegara á tanto.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESETAS

Muestras de mi estilo. — Cuadros de miseria. — Degradaciones y cobardías. — Puñado de ironías, por José Nakens.

DE DOS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. (Encuadernada en tela, dos pesetas.)

DE UNA

Las ruinas de Palmira, por Volney.

DE 25 CÉNTIMOS, Á 15, PARA LOS SUSCRIPTORES

Herejes y herejías. — Cómo se fabrican dioses por Ingersol.

Con el 75 por 100 de rebaja.

DE CINCO PESETAS, Á 1,25

La Iglesia y la moral. — Moral jesuítica.

DE TRES, Á 0,75

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS, Á 0,50

Testamento del cura Juan Meslier, precedido de cartas de Voltaire y D'Alembert. — La religión natural, por idem. — El compadre Mateo, por Pigault Lebrun. — Lo que no debe decirse. — Puntos negros. — Garrotazo limpio, por José Nakens. — Gente nueva, por Luis París.

DE UNA, Á 0,25

La serpiente negra, por Gabriel Merino. — La sima de Igúziquiza, por Alejandro Sawa. — El voto de castidad, por Segovia Rocaberti. — Tigre tonsurado. — El dios Baco. — La sostenido, por Alfonso Karr. — Dios, patria y rey. — Y dice el sexto mandamiento. — Ojo al Cristo (obras teatrales de Nakens).

DE 60 CÉNTIMOS, Á 25

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Rícher.

DE 15 CÉNTIMOS, Á 10

APOSTOLADO DE LA VERDAD

Juana la papisa. — Mónica secreta de los jesuitas. — La mendicidad y la Iglesia. — Máximas pornográficas de los jesuitas. — Cartas de Taylleraud al Papa Pío VII. — Curas y amas. — Beatos y beatas. — Gracias de curas. — Poesías místicas. — Conversación interesante entre un cura y un brigadier carlista. — Célebre conferencia de León Taxil. — Cristo en el Vaticano.

(FOLLETÓN 1.º)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR

OFFENBACH

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

NI buscado con candil seguramente se hallaría extranjero que conozca nuestro país tanto como el Sr. Offenbach, y que, hablando de nosotros y de nuestras cosas, incurra en menos equivocaciones. Aun éstas, con ser pocas, ó quizás por lo mismo de serlo, tienen natural explicación y disculpa, sin contar con que de algunas había de creerse que eran humorísticamente intencionadas si la buena fe y seriedad y formalidad de tan ingenuo autor no resplandeciesen, como resplandecen, en toda la obra. ¿Qué equivocación, por ejemplo, más natural é inofensiva, y acaso también más chusca, que la de llamar al conde de Caspe conde del Compromiso, siendo tan sonado el famoso Compromiso de Caspe y habiendo influido tanto en nuestra historia nacional, que sin él no habría hoy cuestión catalana, ni los demás españoles conoceríamos y apreciaríamos las excepcionales aptitudes y facultades que para secretarios de Ayuntamiento han demostrado que poseen los actuales prohombres solidarios? Y cuando el bueno de nuestro autor cree y dice que nuestros cuerpos colegisladores son tres: el Gran Senado, el Congreso de los procuradores y el Consejo de los caciques, ¿es que prácticamente se aparta mucho de la verdad? Por todo esto, por ser la obra del Sr. Offenbach lo más exacto, lo más fiel y quizás lo más entretenido que sobre España ha podido jamás escribir un extranjero, hemos emprendido la traducción que ofrecemos al lector, á quien

rogamos que nos perdone no haber logrado poner en nuestra versión española toda la gracia y la frescura que indudablemente posee el original.

MELCHOR ZABULLIDO

Brevisima introducción á cosa así

Los habitantes del reino de que vamos á hablar aquí sobresalen, sin duda por haber poseído un vastísimo imperio ultramarino, en el arte de preparar y aderezar toda suerte de platos y frutos coloniales, desde el «agüico» más simple al más complicado «componte». Y no hay que decir con qué primor tostarán el café y otras muchas cosas, tratándose, como se trata, de un país de poca agua y mucho sol, donde éste, que naturalmente tuesta el territorio, naturalmente también ha de tostar á los naturales, los que, por añadidura, han estado tostandose imperturbablemente unos á otros durante varios siglos en que puede decirse que el arma nacional era la parrilla y el patrón del reino San Lorenzo.

Es de observar, sin embargo, que donde acabamos de decir que es un país de «poca agua», más bien debiéramos haber dicho de «poco riego», pues allí hay infinidad de ríos, algunos de ellos sumamente caudalosos y de larguísimo curso, y muchas montañas nevadas. De modo que, además de lo que llueve, y si bien en algunas partes llueve poco, en otras está lloviendo todo el año, agua no falta, sino que está mal repartida. Pero no hay que pensar en que aquellos naturales la repartan mejor, porque por razón de las dificultades que puede presentar la cir-

cunstancia de que los ríos no siempre corren mansamente ni tienen exactamente el mismo caudal en verano que en invierno, dicen ellos que eso de llevar agua allí donde haga falta es asunto, cuando no de la Naturaleza, de los santos; y á los santos han venido encomendando ese servicio, á excepción de una temporada en que estuvieron creyendo que con sólo tocar un himno, llamado por esto el himno de Riego, iba á quedar todo el país fecundado en pocas horas.

La historia de aquel país no la hemos de tomar desde los tiempos más remotos; así que, sin retroceder más allá del siglo xvi, diremos que por aquel entonces, merced á grandes exploraciones y brillantes conquistas de afamados capitanes, y alianza matrimoniales de sus príncipes, se constituyó en una nación poderosísima; sólo que tanto poder y esplendor duraron poco, y por fin llegó día en que en un dos por tres aquella nación, todavía de primer orden, pasó á ser de cuarto ó quinto.

Esto ha sido causa de que los mismos que la han traído á tal estado se hayan puesto ahora á reformarlo y regenerarlo todo á toda prisa, y en pocos días quieren tener los ejércitos y las escuelas de Alemania, las escuadras y los gobiernos de Inglaterra, el saber, el dinero y la libertad de Francia, todo, en fin, cuanto de mejor tienen las naciones más adelantadas y potentes. Hasta al Papa han querido llevárselo á su país creyendo que en Italia está muy mal, de lo cual, sin embargo, no parece que Su Santidad está muy convencido todavía. Y como el propio idioma no había de escapar á la manía regeneradora, también están puliéndolo

y purificándolo á la carrera restableciendo su antigua prosopopeya y tiesura, de modo que, por ejemplo, no sólo vuelven á llamar obscuro á lo que no está claro, sino que la flor de los académicos y cuantos en aquel país se precian de buenos hablistas han dado ya en decir: «está obscuro y huele á quexo.»

Vamos, en fin, á dar á nuestros lectores noticia, tan exacta y amplia como nos sea posible, de un país cuyos gobernantes y demás gente que espontáneamente se dedica á hacer la dicha de aquellos naturales, no valen todos juntos un comino, esta es la pura verdad, y en que el pueblo, si bien falto de ilustración por que aquéllos no le pueden dar la que no tienen, es inteligente y se halla dotado de otras calidades; y aunque parece descontentadizo y revoltoso, es en realidad tan bien intencionado y dócil que, á pesar de que su capacidad y su experiencia deberían hacerle desconfiado y malicioso, cualquier pícaro lo engaña.

Ya con esto tendrían los españoles más que suficiente para su desgracia; pero lo que ha hecho peculiar y soberanamente cómico y trágico al mismo tiempo el período á cuya historia vamos á ceñirnos, ha sido el fresco y alegre modo de proceder de ministros, embajadores, directores, etc., etc., etc., esto es, de los señores del reino. Sobre esto cuanto se diga es poco, aunque quizás se diga lo bastante recordando ó haciendo saber al lector que el actual escudo oficial de aquel país ostentará, si no lo ostenta ya, el siguiente lema: «Todo se ha perdido menos el humor.»

Y vamos á nuestra relación sin más preámbulos.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

lico. Mezclado el veneno torcida y groseramente con la santa doctrina, creyó la parte ignorante del clero que sólo esto bastaría para restaurar su influjo sobre los conmovidos cimientos de la vieja política y para combatir la nueva a sangre y fuego. El plan no era desacertado si llegaba por acaso a producir todo el daño de la intención, pues a pesar de no existir todavía en la conciencia de los pueblos un sentimiento de aversión tan arraigado como el clero suponía contra el ensayo liberal de 1820 a 1823, muchas simpatías le habían enagenado el desconcierto y exageración de aquellos tres años de verdadera fiebre política, capaz de destruir para el porvenir en todos los ánimos hasta el deseo de las reformas, siempre anheladas por las naciones infelices. *Guerra civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia.* El general San Román.

Entre los criminales de todas clases que formaban la Corte carlista y que no reparaban en medios para amparar ladrones y asesinar honrados; entre aquellos bandidos eclesiásticos y seglares que formaban el bando apostólico, odiados por cuantos se batían, porque no se dedicaban a otra cosa que a denostarlos y a excitar a pueblos y batallones a sublevarse contra ellos, pidiéndoles que dieran batallas imposibles y alcanzasen triunfos más importantes aún; entre aquella chusma a quien Cabrera llamaba la *parte de sacristía* y que deseaba eliminar, era donde aquel imbécil Carlos V buscaba sus consejeros, sus hombres de confianza, entregándose a ellos tan completamente, que podía exclamar con mucha razón su confesor el Padre Larraga: «dentro de este santo hábito (el suyo) está todo el gobierno de Carlos V.»

Por esto en la Corte abundaban las funciones de Iglesia y se pasaba el tiempo celebrando rogativas públicas y secretas. Entre éstas fué célebre la decretada el 25 de julio de 1835, en que se mandó que se invocase la poderosísima intercesión de la Virgen santísima Nuestra Madre, bajo cuya tutela y especial amparo juro y pongo de nuevo mis armas y la suerte de la monarquía.

Al cumplimentar este decreto el vicario general castrense, don Juan Echevarría, encargado por delegación de Roma de la jurisdicción eclesiástica en el reino de Navarra, exhortó a todo el clero y habitantes de la provincia a llevarla a efecto con el mayor fervor, y a decir a Dios con la mayor confianza:

«Dios de misericordia, no os escondáis, no os hagáis el sordo a nuestras súplicas; este triunfo nos lo habéis de conceder absolutamente; tenemos en nuestro favor a nuestra misma Madre Dolorosa, y no os dejaremos nunca hasta haberlo conseguido.»

Lo malo para ellos fué que Dios siguió haciéndose el sordo, y... hasta ahora. Aunque bien mirado, ¿qué caso había de hacer de una gente entre quien, según ese mismo Echevarría, abundaban los más grandes vicios?

Dígame si no el infante don Sebastián, que, según Pirala, en medio de todo era hombre ilustrado y serio, y que tuvo desde el principio que luchar con la prevención del bando apostólico, que le hizo una guerra inabordable.

Don Sebastián procedía con prudencia, pero no desperdiciaba coyuntura para poner en evidencia a aquellos hipócritas.

En cierta ocasión un oficial ganó un reloj al juego, y al ver que en un secreto del guardapolvo tenía un esmalte obscuro representando un fraile y una monja, se acusó en confesión de tenerlo. Se lo pidió el cura y lo llevó a don Sebastián, el cual le dijo:

«Le agradezco su celo por la moralidad del ejército; pero le encargo una cosa, y es que estos asuntos se lleven al comandante del batallón, no al general, que no halla para esto otro castigo que este...» Y rompió el esmalte.

Para ser bien quisto entre la gentuza de boina, es preciso exceder a las fieras en crueldad. Por eso los cabecillas más prestigiosos y obedecidos eran los frailes y los curas, que se cebaban en sus enemigos indefensos.

Entre los muchos curas cuyas hazañas he referido, se cuenta el canónigo de Tortosa, que casi simultáneamente con su compañero el cura Lorente, realizaba proezas como la de incendiar la iglesia de Utiel para rendir a sus defensores. retirándose, visto que no

lo conseguía, después de saquear las casas de los liberales.

Otro eclesiástico, el arcipreste de Moya, rivalizaba por entonces en crueldades y latrocinios con los antes mencionados, adquiriendo triste celebridad por sus vandálicas irrupciones en pueblos casi indefensos, donde al incendio seguían el saqueo y el asesinato.

La historia suele omitir muchos de estos hechos, por que es triste narrarlos todos; ya llegará día en que se completen con los necesarios justificantes.

Si al levantarse en armas la primera partida carlista los liberales hubieran demolido hasta los cimientos todos los conventos, incluso los de monjas, cuidando de poner a buen recaudo a sus moradores, y en vez de buscar a los carlistas en la montaña los hubieran cazado en las sacristías y en los ricos salones de los palacios episcopales; si en lugar de humillarse ante Roma y hacer política de atracción para el clero, los gobiernos hubieran procedido con más dignidad y energía, siguiendo una política completamente opuesta a la que siguieron desde la muerte de Fernando VII, a buen seguro que a estas fechas sería España nación rica e ilustrada, y, cortando el mal en su raíz, esos crímenes que hielan la sangre, que espantan y que indignan al propio tiempo, esos crímenes de que está llena la historia del carlismo, no se hubieran perpetrado.

Nadie puede negar que nuestras guerras civiles fueron alentadas y sostenidas exclusivamente por el clero; y con la historia en la mano estamos dispuestos a demostrar, sin que nadie nos desmienta, con hechos, que los crímenes más horribles cometidos en esas guerras tuvieron por instigadores, cuando no por autores materiales, a individuos del clero, como ocurrió en la sangrienta hecatombe de la Calzada de Calatrava. De esta población, defendida valientemente de los carlistas por un puñado de héroes y mártires, era prior don Valeriano López de Torrubia, gran Cruz de Calatrava, doctor en teología, de quien no hay que decir que era carlista, por más que lo ocultara, como hace hoy la mayoría de su clase.

Mil contra uno, sobre seguro, a mansalva, a traición, los carlistas han sido siempre, y ahora también, muy valientes; por eso, a las invitaciones de los *ojalateros* de Calzada para que fueran allí, habían contestado haciéndose los desentendidos, ya que los liberales de la población no estaban decididos a dejarlos entrar impunemente.

Entonces, para obligar a los carlistas, para encender más y más el fanatismo de aquellas hordas salvajes y despertar su sed de sangre, representaron el prior Valeriano López y otro cura una comedia infame que terminó en sangriento drama. Mientras los liberales vigilaban desde la torre de la iglesia para no ser sorprendidos por los carlistas, el prior y su compañero hicieron desaparecer las hostias del sagrario, arrojándolas en un sitio llamado la carbonera, hecho lo cual dijeron que las sagradas formas habían desaparecido e hicieron que las sospechas del sacrilegio recayeran en los liberales.

Las hostias fueron encontradas, y se abrió un proceso que desapareció al mismo tiempo que el compañero del prior se iba a la facción.

«Aquel crimen tan horrendo, aquel atentado contra la religión, aquel insulto contra Jesús sacramentado», vociferaba don Valeriano en las reuniones secretas que por la noche celebraban los carlistas de la Calzada en casa de cierta viuda—no podía quedar impune; debía vengarse, y vengarse pronto.»

Se convino así por todos, y el resultado de aquellas reuniones secretas fué enviar un emisario, que con el mayor sigilo salió del pueblo en busca del cabecilla don Basilio, el cual cabecilla era feroz, cruel y sanguinario, como buen carlista. Enterado éste del *sacrilegio cometido por los liberales*, no se atrevió, sin embargo, a atacarles de frente, más puesto de acuerdo con el prior Valeriano López y con otros carlistas de la Calzada, convinieron un plan criminal.

Mediante promesas falaces y mentiras indignas, apelando a los buenos sentimientos de los liberales, a quienes don Basilio, por medio del prior Valeriano hace creer que sus *soldados* están rendidos de cansancio y que sólo quieren reposo; prometiendo de una manera solemne que a nadie se ofendería, consiguen los carlistas entrar en la población, mientras los liberales, sus familias y otros vecinos se refugian en la iglesia por un resto de desconfianza.

Dueños del pueblo y después de haber descansado, procuran por medio de halagos y promesas hacer que los liberales dejen las armas y salgan de la iglesia, y no pudiendo conseguir engañarles, deciden el ataque. Empezado éste, los defensores de la religión destronan a cañonazos las puertas de la iglesia, se aproximan para entrar, pero retroceden al advertir que los liberales han horadado la bóveda del edificio y pueden hacer disparos muy certeros.

Se suspende el ataque, se celebra un conciliábulo, y el prior Valeriano se presenta en el templo como mediador; y mientras él pronuncia un discurso para distraer la atención de los liberales, los carlistas, ejecutando el plan convenido, llenan la iglesia de leña y de cargas de guindillas, hecho lo cual se retira el prior y se prende fuego a los combustibles.

Una densa humareda llena por completo el templo a los pocos momentos, y cuando más ensordecedores son los gritos de angustia y de dolor que lanzan las pobres víctimas, el sacerdote don Valeriano, haciendo burla y escarnio de todo sentimiento honrado, exclama lleno de satisfacción: «¡Qué bien templado está el órgano!»

El fuego del templo se comunica a las bóvedas; los que no se resignan a morir tostados o por asfixia intentan huir por los tejados y son matados a tiros; un miliciano se arroja desde una altura considerable, en la caída se rompe una pierna, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, arrastrándose como puede, intenta escapar aprovechando el descuido. «A ese conejo que se escapa, cazarle!»—dice el prior. Y el miliciano es muerto a balazos.

Pasando entre la humareda, abrasándose los pies, medio asfixiados, consiguen las mujeres de los liberales llegar hasta la puerta del templo. Muchas de ellas llevan en brazos a sus hijos; los carlistas con sus bayonetas impiden que nadie salga y procuran prolongar la agonía de aquellas desgraciadas; y cuando ven que la bóveda del templo va a derrumbarse, a bayonetazos primero y a descargas cerradas después, obligan a aquellos seres inocentes a entrar en el templo; derrumbase con estrépito la bóveda, y entre los escombros y las llamas quedan sepultados CIENTO SETENTA CADÁVERES, DE MUJERES Y NIÑOS LA MAYOR PARTE.

«Enterado Narváez—dice un historiador—de los horribles sucesos de la Calzada, fué allí, saliendo a recibirle el clero guiado por el tristemente célebre prior, quien, llevando la voz, dijo: «Excelentísimo señor: amantes del trono de la reina constitucional, felicitamos a V. E., y le pedimos que, deseando defenderla, nos dé armas a todo el pueblo para batir a los enemigos.»

Narváez le contestó: «Señor prior: perdón V. S. que no me baje del caballo ni bese la mano de V. S., ni reciba su bendición, porque si son ciertas las culpas que le imputan a V. S., va a caer sobre su cabeza todo el rigor de la ley; pero si no lo son, yo le pediré humildemente perdón por haberle ofendido; por el pronto está V. S. preso y se le formará causa al instante para saber la verdad.»

Y como la verdad resultó tan palmaria, aquel asesino fué condenado a muerte, que sufrió al pie de las ruinas que había causado. Con él murieron también algunos de los coautores del terrible auto de fe.

Y cuéntase que al ser puesto en capilla, las viudas de los nacionales asesinados acudieron a Narváez pidiendo que le perdonase; y que, ya fusilado, volvieron a darle gracias por aquel acto de justicia, manifestándole que la pretensión primera se inspiró sólo en el miedo a la venganza que el prior habría tomado, si, perdonándole, llegaba a su noticia que no se habían interesado por él.

Después de la sangrienta catástrofe de la Calzada de Calatrava, el feroz D. Basilio y su cuadrilla de bandoleros se dirigieron por Almodóvar del Campo a Puertollano. Esta población estaba defendida por una compañía de francos y varios nacionales, quienes a la llegada de los carlistas se refugiaron e hicieron fuertes en la iglesia y en el campanario ó torre. Intimóseles la rendición, no accedieron las fuerzas liberales y empezó el ataque.

Apagado el fuego que desde la torre hacían los liberales por la artillería, y abiertas a cañonazos las puertas del templo, llenaron éste de leña y cargas de guindillas, como habían hecho en la Calzada, y prendieron fuego a los combustibles.

Medio asfixiados por el humo, perdido casi el sentido, por salvar de una muerte terrible y angustiosa a una porción de mujeres y niños que se habían refugiado en el templo con los liberales, capitulan éstos y se entregan.

Pocos momentos después son llevados en dos grupos a las afueras de la población, suenan varias descargas, y los atemorizados

vecinos de Puertollano pueden contemplar llenos de espanto los ensangrentados y palpitantes restos de ciento veinte mártires de la libertad.

Ni una palabra de condenación tuvo la Iglesia para estos crímenes; y mientras la sangre corría a torrentes en España y se hacía interminable el catálogo de asesinatos, robos, incendios y violaciones perpetrados por los carlistas a nombre de la religión, en la guía oficial de Roma se reconocía por rey de España al imbécil hermano de Fernando, y el Papa publicaba alocuciones contra los gobiernos liberales, a quienes acusaba de usurpadores y atentadores a los fueros de la religión y de la Iglesia.

Repitémoslo una vez más.

De todas las infamias que cometen los carlistas, ninguna mayor que la de aparentar la religiosidad que no sienten para embaucar a los infelices que destinan a carne de cañón y para que el clero los siga ayudando de la manera eficaz que lo ha hecho siempre.

No pueden ver al clero, como ya se demostrará más adelante, más como no pueden vivir sin su ayuda y protección, aparentan que se mueven por motivos religiosos, creyendo que de este modo cohonestarán en parte las infamias que realizan.

Robos y asesinatos

Los carlistas acordaron desde el principio de la guerra fusilar a todo prisionero que no jurase fidelidad a don Carlos. Cayó en su poder en las Peñas de San Fausto el coronel conde de Vía Manuel, grande de España.

Zumalacárregui vacilaba, atendida la condición y juventud del prisionero; pero una orden terminante de don Carlos decidió el sacrificio, que se llevó a efecto sin tardanza.

Este era el ejemplo que daba el *piadoso* don Carlos a los que le seguían, y que, en honor de la verdad, no lo necesitaban para ser unos perfectísimos criminales.

4 Octubre de 1833.—Los voluntarios realistas entran en la administración de Rentas de Orduña, arrancan por la fuerza al administrador, que se hallaba enfermo, las llaves de las cajas, y se llevan cuanto había en ellas, consistente en 7.000 duros.

Día 6.—Aparecen en Calatayud unos pasquines carlistas que decían:

«*Aviso al público.*—Fieles realistas, con todos hablo: defenderéis a nuestro rey el infante don Carlos, que lo ha de ser bien pronto, y diréis que muera la reina, que quiere la república, que es una traidora para los españoles.»

«*Aviso a la religión cristiana.*—Amados y queridos realistas: favorecer al infante don Carlos, que ese es el que nos ha de valer: la reina no piensa más que en p... y perderá los voluntarios realistas; matarla cuanto antes se pueda.»

«Muy señor gobernador: esta se dirige para decirle a usted que no hay que tener tanto orgullo, porque se le cortará a usted la cabeza, por ser un traidor para los voluntarios realistas; y también advierto que dejará usted la ciudad cuanto antes, porque si no se va a emprender un fuego, que no va a quedar casta de ustedes, traidores a la religión y al rey.»

Los carlistas, como se ve, presentáronse desde luego como son: asesinos y ladrones, pero muy religiosos.

Día 7.—Se pronuncia en Logroño en favor de don Carlos el comandante del batallón de realistas (en todas partes los voluntarios realistas, lo cual prueba que el carlismo no es más que el absolutismo), se apoderan de doscientos cuarenta fusiles depositados en el Ayuntamiento, cometen desórdenes graves y conminan con la muerte al que no los siga ó les niegue los exorbitantes pedidos de metálico y efectos que hacen.

—El mismo día se sublevaron los carlistas en Vitoria, asesinan al hermano político del primer diputado general, difunden el terror por todas partes y convierten aquella ciudad en una «caverna de facinerosos, en una horda de tigres, que desacreditarían la causa más legítima. En su conducta no había más que furor, depravación, rencor, venganza y toda la furia de las pasiones.» (Exposición de la Diputación general alavesa.)

Día 16.—El capitán cajero (carlista por supuesto) de uno de los cuerpos de Extremadura, se fuga con los caudales que guardaba, y va a dar con ellos en el campo faccioso.

(Continuará.)